



El vals de las orquídeas

OLGA LUCAS

DEBOLSILLO

OLGA LUCAS

El vals de las orquídeas

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A José Luis Sampedro y Sergio Bernal

A quien quiera leerme

Una noche en el casino

No sabía cómo había ido a parar al casino, pero estaba ahí. Sentada en torno a una mesa, jugando a la ruleta y pidiéndole suerte al crupier.

Por unos instantes el crupier abandonó su cara de póquer y le dispensó una sonrisa amable. Contraviniendo la norma y costumbre de la casa, no pudo resistir la tentación de responder con un gesto amable a la mirada suplicante de aquel rostro angelical con aire despistado. Y hasta se arriesgó a dirigirle la palabra.

Ella, en efecto, estaba fuera de lugar, completamente desubicada. Lo que se dice una mosca en un vaso de leche. Triste por dentro, risueña y pletórica por fuera, desconcertada, asombrada, con sus ojos medio ciegos bien abiertos, intentaba vanamente registrar, entender y asimilar los acontecimientos de la noche.

De pronto, un beso vehemente y la voz del crupier:

—Bueno, algo de suerte le he traído.

El casino y cuanto había en él empezó a dar vueltas. El suelo, las mesas, los vasos, el techo, la gente. Todo convertido en una inmensa ruleta imparabable girando alrededor de su cabeza. Y en medio de tanto giro, no lograba enterarse de si había ganado un novio o un dinero.

Por su oído derecho la voz del crupier anunciando su suerte, en la mejilla izquierda un beso apasionado y el panel demasiado lejos para su corta vista.

Antes de desmayarse supo que había ganado algo de dinero, pero tardaría tiempo en descubrir la naturaleza y el alcance del beso.

Después de realizar los ejercicios de relajación, anotó en su *Diario de integración personal* lo mismo de siempre:

«He vuelto a soñar con él. Tampoco hoy he logrado ver su cara. También hoy tengo la impresión de haber estado anoche en el casino. Igual que siempre. Como todos los días, estoy más segura que nunca de su existencia. No me

pregunten más. No recuerdo nada más y no me importa que me tomen por loca. Sé que él existe. Sé que vendrá y ustedes acabarán disculpándose».

—¡Pobrecita!

—¿Por qué?

—Llevamos ya muchos meses con la terapia y no avanza nada. Absolutamente nada. Todos los días nos entrega el mismo ejercicio, el mismo texto, sin variar ni una coma. Parece habérselo aprendido de memoria y no hay quien la saque de ahí. En tanto tiempo ni siquiera se ha podido averiguar qué hacía en el casino.

—¿Tú estás segura de que necesita avanzar, de que debe salir de «ahí», como dices?

—¡Vaya pregunta! Para eso nos la trajeron.

—Sí, por haberla encontrado inconsciente en el casino. ¿Es suficiente motivo? ¿Cuándo sucedió?

—No lo recuerdo con exactitud, no sé, estará en su expediente. Un año, tal vez algo más. En cualquier caso el tiempo suficiente para haber obtenido algún resultado.

—Insisto. Desmayarse en el casino ¿es suficiente motivo para intentar cambiarle su personalidad?

—No entiendo tu pregunta. Es obvio que no la tratamos por un desmayo, sino por sus delirios y confusión mental. Ella ni siquiera sabe qué hacía en el casino. Allí nadie la conocía. Y del supuesto novio que, al parecer, la habría llevado a divertirse y jugarse los cuartos ni rastro.

—Eso ya lo sé. Lo he leído en su historial.

—Pues entonces, si has tenido acceso a su historia, ¿por qué me mareas?

—Porque yo creo que ella es feliz así. Si en lugar de enamorarse de un fantasma, se hubiera enamorado de un hombre real, de carne y hueso, probablemente sería más desdichada.

—No seas cínica.

—No es cinismo, es realismo. En tanto tiempo ya habría descubierto todos sus defectos. Lo vería como vemos las demás a nuestros maridos o ex maridos. De este modo, sigue con la ilusión del primer día.

La ilusión del primer día

La paciente, efectivamente, conservaba la ilusión del primer día. Y tuvo que ser la inquietud de una empleada del archivo quien hiciera reflexionar a sus terapeutas sobre este punto. Ellas, en cambio, la habían perdido por completo y, además, sin darse cuenta, sin tan siquiera percatarse de la pérdida, del momento y lugar en que todo quedó atrás. Rara vez recordaban el primer beso, la primera vez que alguien las tomó de la mano o el primer ramo de violetas. En cambio, la paciente, es decir, la mujer a quien ellas debían devolver a la «normalidad», llevaba esos recuerdos y muchos más literalmente tatuados en su piel, grabados a fuego en la retina, incrustados en sus papilas gustativas y olfativas. Hablaba de las flores que le envía un señor de Madrid con auténtico embeleso y fascinación. Al oírla, casi, casi se podían oler.

Después de su absurda conversación con la archivera al entregarle el expediente de Alicia, Marta no pudo dejar de cavilar. Se lo comentó a Fina, su colega y amiga.

—Pero, chica, no irás a complicarte la vida por lo que pueda opinar esa ignorante.

—Ciertamente, la ignorancia es atrevida, pero el atrevimiento no siempre conduce al desastre. A veces, puede empujarnos hacia territorios interesantes, puede incluso conducirnos a descubrir otras verdades.

—No irás a ponerme el ejemplo de la penicilina, ¿verdad?

—Pues no, Marisabidilla, no pensaba en la penicilina, tampoco en la manzana cayendo sobre la cabeza de Newton, ni en la polarización de la luz o en los errores de Fermat.

—Vale, no te enfades y cuéntame. ¿Cuáles son esas conclusiones, esas otras verdades o lo que sea?

—Verdades y conclusiones todavía ninguna, pero reflexiones muchas. Es cierto que ella es feliz, que las atenciones del señor de Madrid la colman de

alegría y bienestar. Es igualmente cierto que nosotras, a quienes, desde nuestro último parto, nadie nos ha vuelto a sorprender con un ramo de flores, pretendemos atraerla a nuestro terreno. ¿Acaso no te haría ilusión recibir un ramo, aunque no fuera de Madrid?

—Tú estás loca.

—Lo mismo decimos de ella con mayores o menores eufemismos científicos, pero responde a mi pregunta, ¿no te haría ilusión un ramo de flores, una caja de bombones, una invitación al teatro o al casino?

—Me preocupas. Creo que el caso te está agobiando. O tal vez estés muy cansada incubando una gripe o algo parecido. Espero que se te pase pronto, pero, te lo advierto, si sigues por ese camino, hablaré con el jefe para que te releve y le asigne el caso a otra persona. Llevamos años juntas, te aprecio lo suficiente para rescatarte antes de que te conviertas tú misma en una paciente de este centro.

—¿Ah, sí? ¿Y eso en qué cambiará las cosas? ¿Disminuirán tus suspiros por un ramo de flores y la ilusión del primer día?

—¡Basta! ¡Déjalo, es muy tarde, vámonos a casa y hazme caso, tómate una aspirina y una tila!

Antes de irse, Marta pasó por el archivo central para hablar nuevamente con Liliana.

—Y a ti ¿quién te autorizó a leer el expediente de Alicia Berenguer?

—En verdad, nadie. Cuando informatizamos el archivo... hum ...bueno, no pude resistir la tentación. ¿Me vas a incoar expediente?

—No, bien lo sabes tú, pero te señalo tu falta y te conmino, eso sí, muy severamente a que pierdas la costumbre de...

—No, no. No es mi costumbre. Es el único expediente que he leído en los doce años que llevo aquí. Reconozco que este me lo he estudiado a fondo, pero es el único, créeme, no te mentiría.

—Lo sé. Bueno, en eso confío, y por eso mismo estoy dispuesta a hacer la vista gorda, pero, dime, si eres tan consciente de tus obligaciones, ¿de dónde el interés por este caso hasta el extremo de transgredir la norma?

—¿Recuerdas que decidí realquilar una habitación? Pues bien, como el mundo es un pañuelo, al cabo de unos meses, charlando con mi inquilina, ya

sabes, un poco de todo, al final de hombres, lo de siempre, pues descubrí que Alicia Berenguer es su compañera de oficina. Me enteré así de algunas cosas que me hicieron dudar y reflexionar. Durante mucho tiempo me contuve, pero el día en que los expedientes pasaron por nuestras manos para algo más que entregároslos a los médicos y terapeutas, lo siento, ese día no pude contenerme. Lo mismo me pasó hace poco, cuando me lo devolviste para su archivo. Lo sé, debí haberme callado, una simple administrativa no es quien para discutir diagnósticos ni terapias, pero, compréndelo, es un peso que llevo encima y como contigo hay confianza... pues, mira, sí, lo reconozco, metí la pata.

—No te preocupes por eso. Ya te he dicho que no tomaré medidas y, aunque tampoco sea muy ortodoxo por mi parte, te ofrezco la oportunidad de reparar tu falta contándome lo que sabes acerca de su vida, eso que tanto te acongoja.

—Mira, mi amiga cuenta que Alicia ha pasado de ser el centro de atención y la envidia del despacho a un continuo hazmerreír y objeto de las burlas más crueles. Ella misma le ha perdido todo respeto. Y a mí, eso, perdóname, ¿cómo te lo diría...? Me parece muy duro que le arruinéis la vida a la gente.

—¡Alto ahí! ¡Más despacio! ¿Qué es eso de que le arruinamos la vida?

—Pues sí. Ahora todo el mundo sabe que los novios que le envidiaban no existen, que el precioso abrigo que supuestamente le regaló ese misterioso señor de Madrid se lo compró ella misma juntando dos pagas extras y que el fabuloso viaje a China se lo pagó su tía porque, al lesionarse, la necesitaba de dama de compañía y doncella. ¡Imagínate!

—¿Y tú crees que todo eso es culpa nuestra?

—Yo solo sé que si los del casino se hubieran contentado con reanimarla, ella seguiría siendo la reina triunfante, pero como se empeñaron en que a esa chica le pasa algo, llamaron una ambulancia, rápido, a urgencias y, ya ves, tras unos días de observación, la pasan a psiquiatría, queda ingresada una temporada y desde entonces ¡venga tratamientos! Y ahora está como está. Le habéis desmontado su tinglado sin ofrecerle nada a cambio.

—Los delirios esquizoides deben tratarse. Otra cosa es el poco éxito que estamos teniendo en este caso concreto.

—Deben tratarse, sí, lo dicen los libros, pero habrá delirios y delirios, digo yo. Bien está que se trate a quien se cree un asesino o al que va actuando como Hitler o Napoleón, pero ¿a quién hace daño creerse feliz y recibir regalos de un señor de Madrid?

—Sería largo de explicar. En cualquier caso, tendré en cuenta tus reflexiones. Aunque nada científicas, tienen su interés. ¡Vámonos ya!

Fina salió cansada y algo preocupada por su amiga. ¡Qué idea la de compararse con su paciente! ¡Compararse ella y compararme a mí! ¡Qué disparate! Pero al llegar a casa se olvidó de todo. No solo por hábito, por la sana costumbre de dejar los problemas laborales en su lugar, donde, de cualquier modo, se los encontraría al día siguiente, también por falta de tiempo.

Fina vivía en una casita con su palmo de jardín y todo. Tenía dos hijas encantadoras, sanas, guapas, buenas estudiantes y, hasta el momento al menos, sin amistades peligrosas que turbaran el sueño de los padres. Su marido era un buen hombre, muy trabajador, de los que ayudan en casa y no plantean problemas ni motivan celos. Fina vivía muy tranquila y segura tanto en lo afectivo como en lo económico. Los dos tenían empleo fijo, relativamente bien pagado, que les permitía hacer frente a las letras de la casa y de los dos coches sin mayores agobios. En suma, lo tenía todo, es decir, todo lo que, teóricamente, podría anhelar una mujer moderna, una mujer de su época, edad y nivel cultural.

Como todas las tardes, al llegar, preparó la cena y pasó el aspirador antes de ir rápidamente al colegio a recoger a sus dos hijas. Llevó a la pequeña a danza rítmica y a la mayor a natación, hizo la compra, volvió a recoger a sus hijas, repasó sus cuadernos, las ayudó en lo que pudo con los deberes, preparó con ellas la ropa para el día siguiente y las mandó al baño. Mientras las niñas se bañaban, saludó a su marido recién llegado y entre los dos pusieron la mesa y sirvieron la cena.

Hasta entonces, todo transcurrió igual que siempre. Solo después de recoger la cocina, acostar a sus hijas y sentarse con su marido en el salón a leer la prensa diaria y hojear alguna revista, recordó nuevamente la conversación con su colega. Empezó a notar cierta inquietud al fijarse en los jarrones y comprobar que, sí, todos los floreros de la casa, la mayoría regalos de boda, permanecían vacíos desde hacía años.

—¿Te acuerdas de Marta, mi amiga?

—Sí, tu compañera —contestó el marido sin levantar la vista del periódico.

—Estoy un poco preocupada, creo que uno de los casos que lleva la está trastornando.

—Bueno, pues está en el lugar apropiado —masculló el marido con la desgana e irritación contenida propias de quien no desea ser interrumpido.

Fina así lo entendió. Calló. Se quedó un rato ensimismada con la mirada fija en el florero vacío antes de meterse en el baño. Bajo la ducha, procuró olvidarlo todo nuevamente, pero al pretender rehidratar su cuerpo, el suave roce de sus manos untadas con aceites esenciales, deslizándose por toda su piel, la devolvió a «la ilusión del primer día» esgrimida por su amiga. Seguramente por eso, cuando ya se había enfundado el pijama de «esquiadora», dispuesta a leer un ratito en la cama antes de dar por finalizada su jornada, un impulso inusual la desvió de su propósito. Pegó un salto, abrió el armario con impaciencia febril y en uno de los últimos cajones encontró el camión «sexy» que le regalara su hermana en Navidades, sin estrenar todavía, en espera de notables mejorías meteorológicas más propicias para el lucimiento corporal.

Se probó el camión, contempló sus senos en el espejo y se dio un aprobado con nota. En efecto, no estaban mal para su edad. Buscó el perfume. Una gotita en las corvas sin detenerse en la contemplación de los muslos y huir así del inevitable malhumor frente a la también inevitable celulitis. Otra gotita detrás de las orejas. Unas cuantas vueltas ante el espejo y ¡lista!

—Cariño, ¿no vienes?

—Ya voy, ya voy.

Lo de todas las noches. Y como todas las noches, el «ya» se prolongaba indefinidamente. En esta ocasión, a Fina le pareció una eternidad. Al principio la excitación compensó su falta de pijama, pero, al cabo de un rato, sintió frío. Tuvo que taparse hasta el cuello durante la espera. Bajo la manta zamorana ensayó diversas posturas sensuales, y al oír los pasos de su marido, se destapó disimuladamente.

—Perdona, he tardado un poco más de la cuenta. Creí que te habrías dormido —se disculpó sin mirarla mientras se desvestía y colocaba cuidadosamente su ropa en el galán de noche. Por el rabillo del ojo, vislumbró a su mujer en el espejo.

—Oye, ¿no estás muy ligera de ropa hoy? Lo mismo te enfrías.

—Sí, es que me estaba probando la ropa de verano.

—Ya. Muy pronto empiezas este año a cambiar los armarios.

—Claro, tienes razón, soy una impaciente. ¡Brrr... qué frío! Ahora me visto.

Fina volvió a enfundarse su pijama de esquiadora mientras se recriminaba a sí misma la imbecilidad de dejarse marear por romanticismos trasnochados. La ilusión del primer día, como su nombre indica, pertenece al primer día, lo demás son tonterías. Bien está que las pacientes deliren, pero nosotras... ¡Vaya chiquillada! Nerviosa y descontenta consigo misma, aprovechó los ronquidos de su marido para masturbarse a gusto. Luego, una vez calmada, se durmió y a la mañana siguiente, como todos los días, obedeció sin pereza las instrucciones de su despertador digital. A las seis y media pasadas, se levantó, preparó el café, despertó a sus hijas y se enfrentó a la rutina diaria con su diligencia habitual, aunque, eso sí, algo acatarrada.

—Ya te dije que te estabas precipitando con el cambio de ropa —comentó el marido al oírla estornudar.

Medias y camisolas

Alicia dormía semidesnuda, con aquella camisola suya translúcida, cortita, tapando solo las nalgas y dejando al descubierto sus muslos cuya contemplación tanto agradaba al señor de Madrid. «*Sei lunga como una strada*», solía susurrarle cuando acariciaba con la vista, a veces excepcionalmente también con la yema de tres dedos, sus interminables piernas. Era un apasionado, un ferviente admirador de la pierna femenina. Como buen fetichista, había decorado las paredes de su estudio con fotografías y cuadros de piernas de mujer en las más diversas posturas.

Alicia sentía curiosidad, aunque nunca se atrevió a formular la pregunta acerca del origen de tanta pierna. No sabía qué pensar. ¿Serían de la misma mujer o de varias? Era difícil distinguirlas, todas tan largas. Ni siquiera estaba segura de su propia preferencia. Si son de una sola mujer, sin duda se trata de un gran amor; si son de muchas, es un coleccionista. Alicia no quería ser una pieza más en su colección, pero cuando se miraba en el espejo, tampoco se veía digna rival de un amor capaz de llenar el corazón, las paredes y la vida entera de hombre tan extraordinario.

Aceptaba gustosa las medias que él le regalaba y, en justa recompensa, deleitaba su vista probándoselas ante él. Todas de excelente calidad, de seda, de la mejor lycra, negras, color topo, con liga autoadhesiva o para llevar con ligero, lisas, con raya detrás y medias de fantasía con finos dibujos que se iban agrandando a medida que subían pierna arriba o, por el contrario, se tornaban cada vez más pequeños si la contemplación se iniciaba desde el muslo hacia el tobillo.

La primera vez que entró en la oficina luciendo una de esas medias con óvalos color fucsia y azul sobre fondo negro, haciendo juego con el jersey de lana merina también azul y adornos fucsia, se le echaron todas sus compañeras encima sin la menor compasión.

—¿De dónde has sacado esas medias?

—¡Oye, chica, vaya medias!

—¡Caramba, cada día vistas mejor!

—El día menos pensado se nos casa.

Intentó no hacer caso, pero al cabo de unos minutos terminó disculpándose, enrojecida.

—No es para tanto. Además, son un regalo.

¡Pobre Alicia! No hizo más que empeorar las cosas porque semejante afirmación solo reavivó el asedio.

—¡Un regalo!

—¿Tu novio? ¿Habéis hecho las paces?

—Lo mismo es otro.

—¡Menuda mosquita muerta!

—¡No! Me las regaló un señor a quien no conocéis.

—¿Un señor? ¿Y te regala medias?

—Sí, bueno, es que es de Madrid.

—Un señor de Madrid, ¡esta sí que es buena!

Por fin se callaron. Más bien enmudecieron por no saber cómo reaccionar. Solo la mayor de todas, la que había permanecido callada, sin intervenir hasta ese momento, dijo en tono grave:

—¡Cuidado, mucho cuidado, Alicia! Esos son los peores. Mucho más peligrosos que los novios.

Por suerte, entró el jefe con aire severo, como intuyendo algún tipo de rebelión en la granja, y todas se dispersaron al instante. Alicia también se sentó frente a su ordenador, pero siguió contemplando sus medias a hurtadillas debajo de la mesa. ¡Qué sabrán ellas!

Antes de conocer al señor de Madrid, Alicia no le daba importancia a la ropa interior. Compraba bragas baratas por docenas en el mercadillo, detestaba el sujetador, el liguero no pasaba de ser una antigüedad curiosa y también ella dormía con pijama o esquijama, incluso con calcetines. Era friolera igual que Fina, Marta y tantas mujeres. Como ellas, tampoco sabía, ni se le ocurría paliarlo con prendas como la que ahora tenía: una preciosa mañanita con sus

pasacintas de color malva cubría los hombros que la camisola, con sus finísimos tirantes, dejaba al desnudo.

El señor de Madrid le había regalado varias camisolas. Otras, una vez descubierto el placer y bienestar que le proporcionaban, se las había comprado ella misma para sorprenderle, ansiosa por demostrarle sus progresos, su empeño de buena discípula. No se conformaba con un simple aprobado, aspiraba a nota. El aprobado es solo un diploma, la nota es necesaria para conseguir plaza. Por eso Alicia se aplicaba y se afanaba en ser la primera de la clase entre todas aquellas piernas de origen desconocido que llenaban las paredes y estanterías del estudio. Por eso mismo tenía tantas camisolas de muy variadas telas y colores. Gasa translúcida, seda, colores pastel o más oscuros como el vino y la berenjena, de todo había en su ropero. También en colores vivos, una de ellas de seda china estampada a mano con su salto de cama a juego combinando distintos verdes, azules, amarillos y lilas. Un conjunto del que se sentía muy orgullosa. Debido a su palidez, el negro no le iba bien, por eso la única camisola negra era transparente del todo, solo a la altura de pezones y pubis la tela se espesaba o estaba reforzada por otra con pretensión de ocultar las partes pudendas de la anatomía femenina. No sabemos si el diseñador ideó aquello por discreción, pensando en los pudores y el decoro, o si lo hizo con la intención contraria. En cualquier caso, el efecto de aquellos adornos resultaba altamente libidinoso. No solo elevaban la libido de quien vestía tan delicada prenda, también de quien la contemplaba. Alicia lucía la camisola negra únicamente para posar ante el señor de Madrid. Nunca en su propia casa.

En casa prefería las otras, elegantísimas todas ellas, pero más discretas o, mejor sería decir, menos llamativas porque discreta, en realidad, no lo era ni la más sencilla, ni la más sobria de cuantas formaban su colección. Con cualquiera de ellas, era la reina de la noche. Alicia lo sabía. Sabía que esa seguridad fue su mejor remedio para curar el insomnio crónico que venía padeciendo desde hacía años. Ella lo sabía, las terapeutas no. Las terapeutas solo saben hacer preguntas, muchas preguntas cuyas respuestas no entienden. Naturalmente, también vigilan el consumo de pastillas recetadas, pero ellas desconocen por completo el valor terapéutico de la ropa interior y la lencería fina.

Las pobres ni conocían al señor de Madrid, ni habían leído ninguno de los libros que él le enseñó ni habían visto sus fotografías. Con ese grado de

incultura, no podían saber lo que siempre supieron las mujeres de antaño, que «el corsé es el que mantiene las cosas en su sitio por fuera y por dentro».

Alicia aprendió eso en uno de sus viajes a Madrid. Después de observar con atención las ilustraciones de un libro titulado *Las mil imágenes del interior femenino*, fue conducida a la mejor corsetería de la Gran Vía donde el señor eligió para ella unas braguitas de la mejor lycra, otras de tul negro con diminutos bordados plateados sobre otros mucho mayores de color vino. Pidió también el sujetador y ligero a juego y, obviamente, unas medias negras.

De vuelta al estudio, se lo probó todo. Para su vergüenza, no supo ponérselo correctamente ella sola. Era la primera vez que se probaba un ligero. El señor, que tenía mucha más experiencia que ella en abrochar y desabrochar esas prendas, la sacó de apuros. Al oírle suspirar decepcionado, se asustó un poco, pero él la tranquilizó:

—No te preocupes, ya aprenderás.

—Sí, sí, se lo prometo.

—Tranquila, no hay prisa, aprenderás a llevar ligero con soltura. A ponértelo y quitártelo con arte. Aprenderás eso y muchas cosas más.

Mientras posaba para él, Alicia percibió sensaciones inusuales. Él le preguntó qué le pasaba y ella respondió que no lo sabía, pero ante la insistencia, contestó que empezaba a sentirse «más mujer», según sus palabras de entonces. Se explicaba torpemente porque ni ella misma atinaba a comprender las extrañas transformaciones que experimentaba. Para ayudarla a entenderse, él le explicó lo del corsé. Una larga teoría que Alicia no comprendió bien a la primera, ella, que había sido de las más osadas en rebelarse contra la opresión del sujetador, se asombraba ante la idea de llevar corsé, pero él no se inquietaba por ello. Estaba seguro, y así se lo hacía sentir, de que Alicia comprendería, asimilaría poco a poco los cambios que ahora solo intuía confusa y vagamente. Todo a su momento. Esa misma tarde, en la tienda había visto el corsé más apropiado para ella, pero no se lo compró, ni siquiera se lo señaló, precisamente por eso, porque le parecía prematuro. Lo haría más adelante para que Alicia comprobara por sí misma cómo una señora sin corsé no es señora. Aquella tarde y para acelerar algo el proceso, se

conformó con estirar un poco de la liga y soltársela de golpe para que disfrutara con el picorcillo en el muslo.

—¡Uy!

—La letra con sangre entra. ¿A que te resulta agradable?

Alicia recordaba y recreaba aquella primera lección todas las noches antes de dormirse. Y mientras sentía el picorcillo agradable en sus muslos, se reía malévolamente de sus terapeutas imaginándolas en unas camas vulgares disfrazadas con sus esquijamas como lo estuvo ella misma durante muchos años, aunque ellas algo peor porque, además, soportaban los ronquidos de sus maridos. ¡Pobres infelices! ¡Y quieren que tome conciencia!

La buena vecindad

Liliana se sintió incómoda a pesar de todo. Trabajaba en el archivo central del hospital desde que enviudó, y, aunque posteriormente aprobó las correspondientes oposiciones para consolidar su puesto, en un principio fue Marta quien la ayudó a conseguir el empleo con un contrato de duración limitada por acumulación de tareas.

Por aquel entonces, Marta era vecina suya, y en el momento de la tragedia y meses sucesivos, se portó muy bien con ella. Le prestó todo su apoyo moral e incluso económico. Por fortuna para ambas, en el hospital se había planteado una reestructuración administrativa que afectaba también al archivo. Se pretendía unir en un solo archivo centralizado todos los historiales clínicos que hasta entonces se guardaban por separado en cada uno de los servicios y consultas. De ese modo, al disponer cada médico de información automática acerca de las actuaciones de sus colegas de otros servicios, se evitaría la repetición innecesaria de analíticas y exploraciones costosas para el hospital y molestas para los pacientes. Fue una iniciativa bien recibida por los distintos departamentos, pero todos pusieron como condición que se contratara personal eventual para abreviar al máximo el período de transición de un sistema a otro. Y aun cuando la medida parecía lo más razonable y conveniente, tanto para el personal sanitario como para los usuarios, como suele ocurrir en estos casos, una vez aprobada la correspondiente dotación presupuestaria, quien más, quien menos, según su posición, aprovechó para presionar e intentar colocar a sus hijas, amigas y parientes. Marta vio ahí la solución para su vecina y, entre un poco de suerte y mucha mano izquierda, logró su propósito. De ese modo, Liliana, al fin, empezó a levantar cabeza. Era pues lógico que estuviera agradecida y pusiera todo su empeño no solo por amor propio, también por no defraudar ni dejar en mal lugar a quien se había comprometido por ella.

Ya habían pasado muchos años, Marta se había mudado de marido y de piso, ya no eran vecinas, apenas se veían fuera del hospital. Por otro lado,

Liliana ya había consolidado el puesto por méritos propios a través de una oposición, pero no olvidaba, seguía agradecida, se sentía más obligada que las demás y, en buena medida por ello, seguía siendo la auxiliar de archivo más aplicada, eficiente y servicial. Le supo mal la llamada al orden de Marta, aunque fuese de manera benévola y amistosa.

Entre las dos mujeres había notables diferencias de edad, de nivel económico y grado de instrucción. De hecho, lo más probable es que de no haber sido por el desgraciado accidente, su relación no hubiera pasado de la propia de buena vecindad: «¿Tienes un poco de sal?» «¡Ay, se me ha olvidado el aceite!» «Por las plantas no te preocupes, ya te las riego yo», cosas así, ya se sabe. De hecho, algo parecido era antes de que una noche de luna llena, casi ya de madrugada, Marta se despertara sobresaltada por un estrépito. Y, si en un principio no supo identificarlo, a ese primer estruendo le sucedieron otros que acabaron por espabilarla. Sentada en su cama con los ojos abiertos, el oído aguzado y el alma en un puño, como suele decirse, al cabo de muy poco, ya no le cupo duda: algún tipo de escándalo se estaba desarrollando en casa de la vecina. Gritos, lloros, lamentos, otras voces y sonidos más difíciles de discernir le hicieron presagiar lo peor. Sensible a la causa feminista y creyendo hallarse ante un caso de malos tratos, no tardó, naturalmente desoyendo a su marido, en personarse en el piso de al lado dispuesta a todo, a ayudar, a llamar a la policía, a servir de testigo, a lo que fuera con tal de impedir la agresión brutal a una mujer indefensa. Nunca le había gustado ese hombre de al lado, incapaz de sostener la mirada, con sus aires de ignorante sabiondo y prepotente, su porte de macho gallito. En suma, de entre todas las características típicamente masculinas, el chico había desarrollado y cultivado cuidadosamente las más odiosas, las que más irritaban a Marta, aquellas capaces de provocar sus instintos agresivos y hacerla enarbolar la bandera del odio al macho. Así, bandera en alto, en actitud guerrera y sin importarle su aspecto de recién despertada y alarmada, llamó al timbre.

Se sorprendió al abrirle la puerta un policía.

—¡Vaya! Venía dispuesta a llamarles.

—Y nosotros a usted.

—¿Ustedes a mí?

—Sí. Bueno, si es usted la doctora, como creemos. Hace un rato la vecina de abajo nos informó y nos aconsejó que la llamáramos, que usted sabía de estas cosas de los nervios. A ver si nos echa una manita.

Al cuello de ese sinvergüenza echo yo dos manos muy a gusto, pensó Marta, pero su poca fe en la justicia y el miedo a ser acusada de amenazas por los agentes garantes del orden y la ley la hicieron moderar su ímpetu. Se limitó a preguntar:

—¿Qué le han hecho a esa pobre criatura?

—Nada, mujer, nada, no nos mire de ese modo. Solo necesitamos de su ayuda para calmarla, pase, pase por favor.

Marta se abrió camino en medio del desorden reinante y encontró a su vecina en un estado de confusión y descontrol mental absoluto. Desencajada, con los ojos desorbitados, semidesnuda lanzaba objetos contra la pared al grito de las mayores obscenidades. Un agente de policía de complexión atlética se afanaba en sujetarla sin entender de dónde sacaba esa mujer, más bien menuda, tanta fuerza para desasirse una y otra vez de sus vigorosos brazos masculinos acostumbrados a reducir a delincuentes callejeros.

—¡Por fin, doctora, menos mal! No quiero lastimarla, pero no puedo con ella por las buenas. Necesitamos de su intervención profesional. Íbamos a llamar a una ambulancia o al psiquiátrico, pero nos han dicho que usted también es de...

—No se esfuerce. Soy psicoterapeuta o, si lo prefiere psicóloga clínica, no psiquiatra, pero intentaré ayudarles. Parece un simple ataque de histeria.

Se quedó quieta unos instantes, mirando fijamente a Liliana. Como no pareciera advertir su presencia, Marta agarró la jarra de agua que los policías habían traído de la cocina pretendiendo hacerla beber y, de pronto, sin mediar palabra, le tiró violentamente a la cara todo su contenido.

—¡Rápido, tráigame otra!

Repitieron la operación dos veces más. Con las primeras jarras, Liliana volvió bruscamente la cabeza y se contorsionó con más virulencia, si cabe, pero a la tercera enmudeció de golpe. Esperaron un poco y al ver que, efectivamente, dejaba de gritar y de retorcerse como una sabandija, el policía la fue soltando poco a poco.

—¡Caramba, doctora!

—Díganme, ¿qué la ha puesto en ese estado? No la conozco demasiado, pero por el trato propio de la vecindad, en los dos años que llevo en su mismo rellano no había observado en ella ningún signo de histeria o desequilibrio mental. Debe de haber sufrido un shock.

—Es que... ha sido un golpe muy duro.

Los policías no se atrevían a hablar claro; miraban a Liliana de reojo temiendo que se alterara de nuevo, pero su repentino mutismo con aquella mirada perdida en el vacío también les inquietaba. ¿La habrían dejado alelada? ¿Los estaría oyendo? En tal caso, ¿la perjudicaría escuchar su historia? El más flaco, el que había abierto la puerta, hizo unas señas a Marta, la llevó a la cocina y allí, en tono bajito y confidencial, la puso al corriente de que el marido de su vecina había sufrido un accidente mortal esa misma noche. Conducía completamente ebrio y, muy probablemente, en compañía femenina.

—¿Qué es eso de muy probablemente? ¿Había o no había una mujer con él?

—Bueno, de la mujer solo se ha encontrado la ropa interior y un zapato de tacón. Se ha abierto una investigación. Puede que en el momento del accidente ya no estuviera en el coche, que se hubieran separado poco antes, pero, en ese caso, es un poco raro que lo hiciera semidesnuda y a medio calzar, salvo que él la hubiera forzado o hubieran discutido. ¿Quién sabe? Cabe la posibilidad de que resultara ilesa y saliera corriendo; ya le digo, se está investigando. Se lo hemos intentado explicar a la viuda, pero ya ve usted lo que ha ocurrido.

—No es para menos. La investigación aclarará lo que sea, pero es evidente que el muy sinvergüenza se había o se estaba pegando la gran juerga con otra en el coche. Claro. Eso lo explica todo mejor —continuó Marta para sí misma, como pensando en voz alta—. Al dolor se une la rabia. La típica paradoja de llorar la muerte de un ser querido junto con el deseo de matarlo tras la decepción sufrida.

—¿Cree usted que ya se habrá calmado del todo, que se pondrá bien? ¿Deberíamos avisar a su familia?

—Yo me ocuparé de ella. No son de aquí. Su familia tardaría en llegar. Si quieren, pueden irse.

—Bueno, nosotros veníamos con la idea de que nos acompañara a identificar el cadáver, pero, claro, si no está en condiciones, pospondremos el trámite. Mire, le dejo mi tarjeta para que se ponga en contacto con nosotros en cuanto se recupere un poco. Ahí tiene. Ya sabe, cualquier cosa, me llama.

Los agentes se retiraron y Marta se hizo cargo de la situación. Como previsto, la primera reacción de Liliana al despertar del letargo fue:

—¡Lo mato, es que lo mato!

—No hace falta, cariño, eso ya está hecho. Anda, tómate otra pastilla, duerme un poco más y mañana será otro día.

A la mañana siguiente, efectivamente, fue otro día y a Liliana no le quedó

más remedio que aceptar el dolor, la amargura, el despecho, el desengaño y todo lo demás. En medio de sentimientos encontrados, no siempre nítidos y en continua pugna, tuvo que afrontar los dolorosos, embarazosos y repugnantes trámites propios de estos casos: morgue, funeraria, esquelas, compañía de seguros y, ¡cómo no!, el disimulo y la ocultación de los detalles frente a terceros. Marta la acompañó y la ayudó en todo lo que pudo. Sus primeros auxilios fueron estrictamente profesionales, no del todo asépticos debido a la solidaridad femenina que suscitaba el caso, pero procurando, como está mandado, no involucrarse. Los segundos auxilios los dictó la complicidad, y de esa complicidad frente a la desgracia, los momentos amargos y las situaciones desagradables nació una bonita relación. Más tarde, a medida que la amistad entre ellas se fue consolidando, que lograron profundizar en el análisis de la desgracia compartiendo sentimientos sin tapujos, ambas se fueron distanciando de sus maridos respectivos; uno muerto y el otro vivo, pero, después de todo, hombres los dos.

Todo ello volvió de golpe a la memoria de Liliana al acostarse pesarosa por la falta cometida en el archivo. Ella también dormía con esquiama.

Una copa de ron

Alicia acudió a consulta. Realizó los ejercicios de relajación dirigida por Marta, escribió el texto acostumbrado y lo entregó con la indiferencia habitual.

—Pero, Alicia, ¿si es lo mismo de siempre! —Marta suspiró desalentada—. No es posible que todas las noches sueñes lo mismo, que todos los días pienses igual, exactamente igual. ¿Para cuándo alguna novedad?

—No lo sé. Es lo que siento.

—¿Tienes ganas de hablar?

—¿Del casino?

—No. Por una vez, dejemos el casino en paz. Hablemos del presente. ¿Qué te apetecería hacer ahora?

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Imagina, por un momento, que hoy no has acudido a consulta. ¿Qué harías, qué preferirías hacer en lugar de la terapia?

—Beberme una copa de ron —contestó sin vacilar, con una firmeza de voz inusual en ella y sorprendente para el tipo de pregunta formulada.

—¿Cómo?

—Sí, un buen ron, eso es lo que me apetece.

—¿Te gusta el ron?

—Solo el bueno, el añejo.

—¡Vaya! No sabía que fueses bebedora y experta en licores.

—No lo soy, pero la tentación del ron Pampero es otra cosa. Pruébelo y verás.

—Y si te invito a una copa, ¿me tutearás al fin? Claro que yo no tengo ron Pampero, como mucho sería ron Negrita. Por cierto, ¿tu sueldo te permite esos sibaritismos?

—No.

—¿No? ¿Y entonces...?

—Me lo regala el señor de Madrid.

—Ya. El señor de Madrid, claro.

Marta quedó desconcertada y desarmada. Había topado nuevamente con el señor de Madrid, ese muro infranqueable. Y, en esta ocasión, de un modo totalmente inesperado, cuando pretendía justo lo contrario, olvidarse de él, quedarse fuera de la muralla e intentar conversar ahí con Alicia olvidándose un poco de la relación que las unía. Tuvo la impresión de haberse metido en un lío, habría deseado no estar ahí, no tener que enfrentarse al dilema provocado por sus conversaciones recientes con Liliana por un lado y con Fina por otro, sosteniendo puntos de vista contrarios. ¿Cuál de las dos estaría en lo cierto? ¿A quién hacer caso? «Le habéis desmontado el tinglado sin ofrecerle nada a cambio.» «Tú estás loca.»

Alicia aprovechó el silencio y el súbito ataque de confusión de su terapeuta para evadirse —lo hacía siempre que podía— recordando la ceremonia de iniciación al ritual del ron Pampero.

Por entonces ella lo desconocía, nunca había probado el alcohol; él, hombre de mundo, le sirvió una copa. Se la sirvió con hielo y Sprite, se la acercó a la boca y dijo:

—Bebe.

Ella sorbió sin rechistar. Nunca lo hacía, obedecía sumisa, transformando sus insinuaciones, ofrecimientos o deseos en órdenes. Órdenes que acataba con disciplina ciega e irreflexiva, como la impuesta por las monjas en sus años de colegiala.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Bebe otro poco. Así. Un poco más.

La contempló un rato incitándola a beber con el gesto y la mirada hasta que, inesperadamente, le apartó la copa y acercó sus labios a los de ella. Dio un paso atrás, luego otro. La miró fijamente. Alicia sostuvo su mirada y no se apartó, se mantuvo inmóvil. Contuvo su aliento mientras él se acercaba de nuevo lentamente, muy lentamente hasta que los labios de ambos llegaron a rozarse. Durante unos instantes el corazón de Alicia perdió su ritmo, latió desbocado sin respeto alguno por las diástoles y sístoles, se preguntaba cómo sería, si le gustaría, si sabría, si podría satisfacerle en sus deseos, y cuando ya, ya se sintió preparada para recibir el beso, entonces él paró. No avanzó ni un milímetro más. Permanecieron inmóviles el uno frente al otro, unidos únicamente por el roce de sus labios el tiempo que él quiso. Alicia no recordaba, en realidad nunca lo supo, cuánto duró aquel encuentro labial. Pudo

ser un solo instante, un roce fugaz y casual que su imaginación convirtiera en eternidad romántica, o pudo ser un gesto deliberado, buscado y sostenido, y, quién sabe por qué, bruscamente interrumpido. Ella no se planteaba estas cuestiones. En cualquier caso, sí recordaba, lo recordaba perfectamente, cómo la cálida y a la vez imperativa voz varonil puso fin al ensueño:

—Anda, termínatelo. ¿No dices que te gusta?

Claro que le gustaba. Obedeció una vez más y se sintió alada.

Desde entonces Alicia toma una copa de ron Pampero todas las noches antes de acostarse, mientras recuerda aquellos labios rozando los suyos y contempla su cuerpo desnudo sumergido en la bañera para, una vez limpio y perfumado, vestirlo con las camisolas vaporosas y semitransparentes.

¿Cómo iba a entenderlo Marta? ¿Para qué hablar? Alicia se defiende con el silencio y se limita a sonreír. Sonríe irónicamente adivinando que Marta jamás probó esos placeres. Jamás los probará y, sobre todo, jamás, jamás logrará curarla. Le diga lo que le diga, ella nunca protesta, simplemente sonríe para mayor desesperación de Marta, cada día más impotente frente a un caso aparentemente sencillo, tan elemental sobre el papel, como difícil e inabordable en la práctica.

Al fin, reacciona y pregunta:

—¿En el casino también bebiste ron?

—No —contesta Alicia visiblemente contrariada por lo que ella considera fin del recreo.

—¿Seguro? A lo mejor eso explica tu desmayo repentino.

—No. Ya lo he contado mil veces. En el casino solo jugué a la ruleta. Me jugué el dinero ganado en la máquina tragaperras y, no sé, sería mi noche de suerte, pero volví a ganar. Alguien me dio un beso y me desmayé.

—¿Del beso?

—No lo sé. Me desmayé y eso es todo. No recuerdo más.

—Pero sí recuerdas el beso.

—Claro. Un beso no se olvida ni aunque te desmayes.

—¿Te gustó?

—Me gustó la sorpresa. No me lo esperaba.

—¿Quién crees que te besó?

—Ya lo sabe usted.

—Pero cuando te desmayaste estabas sola. Alicia, ¿me oyes? En urgencias entraste sola. ¿Dónde estaba él?

—No lo sé.

—Eso ya me lo has dicho. Sabemos que no lo sabes, pero, dime, ¿qué supones, qué crees tú? ¿Cómo explicas el hecho de su desaparición, de su misteriosa ausencia precisamente cuando más le necesitabas?

—Se asustaría, tendría prisa, no podría acompañarme en la ambulancia, no sé, no sé, no me importa. Sé que estaba en el casino. A mí me basta, y a ustedes... ¿qué les importa? —concluyó irritada.

—Perdona. Te había prometido dejar hoy el casino en paz y hablar de otras cosas. He sido una informal, ya lo veo. Perdóname, no era una trampa, pero al mencionarme las excelencias del ron, por un momento pensé... bueno, da igual, si quieres, lo dejamos. ¿Sabes?, yo nunca he probado el ron. A lo mejor te hago caso y lo pruebo hoy mismo al salir de aquí.

—Ya lo sé —contestó Alicia parapetada nuevamente tras su sonrisa defensiva—. Pruébelo y verá.

—Antes no me has contestado: si me tomo una copa de ron, ¿me tutearás?

—Usted tómesela y ya hablaremos.

—¡Caramba! ¡Qué difícil te pones, pareces una primadonna!

—No es eso. Es que no se trata de beber, así, por beber. Eso lo hace mucha gente. La prueba del ron es otra cosa, algo mucho más elevado y difícil de explicar. Le prometo tutearla si la supera.

Al terminar la sesión, Marta acudió a la cafetería-bar de la esquina donde se había citado con su ex marido. Mientras le esperaba, en lugar de dejarse servir su cortadito de todos los días, movida por un impulso inexplicable, pidió entusiasmada una copa de ron y ¡menuda decepción! Al probarlo, hizo una mueca de desagrado. El camarero disimuló, lo disimuló todo; primero su asombro ante la petición inusual, luego la risa al observar con el rabillo del ojo aquella expresión de cara y también, ¿por qué no?, la preocupación por su clienta favorita.

Como de costumbre, su ex se retrasaba. Ella tenía prisa. Miraba nerviosamente el reloj entre sorbo y sorbo de aquella bebida que tenía ante sí, que no le gustaba, pero tampoco dejaba, aunque no supiera explicarse la causa de semejante acto masoquista. Era obvio que no había superado la prueba, que no se había ganado el tuteo de Alicia, entonces ¿para qué seguir? Alicia, Alicia Berenguer, toda una obsesión. No dejaba de pensar en ella. En ella y en la profesión.

Parece mentira, se decía, pocos hospitales tienen una unidad psiquiátrica tan

bien dotada como la nuestra, con un gabinete psicológico en el que, a modo de experiencia piloto, se aplican terapias de muy diversas escuelas, incluida la reichiana, o medicinas antiguas como la homeopatía y la acupuntura. Tener acceso a esos servicios a cargo de la seguridad social es todo un lujo, un privilegio. La mayoría, la inmensa mayoría de la población, si tiene medios, paga por ello cantidades nada desdeñables, y si no los tiene, se queda sin el tratamiento adecuado, se conforma con las pastillas que su médico de cabecera pueda recetarle en los cinco minutos de que dispone. Alicia debería darse cuenta de su situación privilegiada y aprovechar mejor los medios a su alcance. Yo debería hacérselo entender en lugar de torturarme con el ron...

De pronto, sus cavilaciones racionales fueron interrumpidas. Al oír unos pasos, y pese a haberlos identificado perfectamente, por un momento soñó que no era su ex marido quien se acercaba; en su lugar un apuesto señor, de Madrid o de Barcelona, eso era lo de menos, se acercaba por detrás, posaba las manos sobre sus hombros, se inclinaba y rozando su cuello le susurraba al oído un cariñoso reproche:

—Pero, mujer, ¿qué haces? Así no. Ya te lo dije: ron añejo, del bueno, saboreado lentamente y en buena compañía. Solo así podrás acercarte a Alicia.

El ex

Marta llevaba años separada, pero seguía frecuentando al hombre que fue su marido con la frecuencia, regularidad y la corrección impuesta por las atenciones que requieren los hijos compartidos. Solo tuvieron uno y, contrariamente a lo común, eligió quedarse con su padre. Marta era consciente —y estaba dolida por ello— de la manipulación a la que fue sometido el niño, pero se negó desde el principio a entrar en la guerra sórdida y sucia de los juegos de poder, tan propios de la pareja y tan cruelmente practicados en muchos procesos de divorcio. Prefirió dejarlo con su padre y no perjudicar a la criatura más de lo inevitable en estos casos. Lo hizo a sabiendas de que su generosidad sería malinterpretada, de que la distanciaría de muchas personas apreciadas hasta entonces porque, lejos de asociar su actitud con la moraleja del juicio salomónico, la mayoría de su entorno la tildaría de fresca y egoísta. Que un hombre se vaya de casa y vea a sus hijos una vez cada quince días, es normal, pero si es la mujer quien decide recobrar su libertad, no está bien visto. A los ojos de todos, seamos optimistas, de la mayoría, es una egoísta que solo busca su comodidad y ni siquiera asume el cuidado de su hijo. Pero esa situación aparentemente cómoda a juicio de los consejeros externos, esos que nunca faltan en el entorno de cada cual, siempre tan listos y dispuestos para arreglar vidas ajenas, le había proporcionado numerosos sinsabores, malentendidos y preocupaciones innecesarias, motivo todas ellas de muchas más entrevistas con su ex marido de las realmente deseadas tras su divorcio.

En su día vivieron cuatro o cinco años felices. Mis años de tontita, solía decir Marta, aunque ahora ya no estaba segura ni de eso. El caso de Alicia y, sobre todo, las reflexiones insistentes y reprobatorias de Liliana le hacían dudar de todo. ¿Vivió realmente más feliz en la época en que veía a su marido como le habían enseñado a verlo?, se preguntaba melancólica. ¿Era tontita entonces o lo es ahora al contemplar la realidad de frente y aceptar todos sus problemas e incómodas consecuencias? O, formulando la pregunta en términos más inteligentes: ¿de verdad se sentía mejor ahora? ¿La realidad y su

aceptación son tan buenas medicinas como creemos? Saber o no saber, querer saber o no querer saber esas eran sus cuestiones. Deber, querer, saber. ¡Vaya verbos endemoniados! En la escuela le enseñaron a conjugarlos, pero no a ordenarlos ni a hilvanarlos. El «debo querer saber» ¿sería realmente el mejor orden posible o debía explorar otras posibilidades?

En cualquier caso, Alicia vive contenta creyendo que un príncipe azul le sirve amable y sensualmente ron añejo mientras ella no es capaz de usar de la imaginación para transformar en algo placentero la copa de ron corriente servida en el bar de la esquina donde espera a su ex marido para, muy probablemente, mantener una conversación agria y desagradable cuando, al fin, tenga a bien aparecer.

Intentó ahuyentar estas reflexiones y pensar en otra cosa agarrándose a la idea fija tan reiterada en los últimos días: «Alicia es la enferma; yo, su terapeuta», pero no salió ganando en el cambio porque durante el rato de espera exasperada no pudo evitar pasar revista mental a su pasado, al pasado común con un hombre convertido en extraño. Siempre igual. Inexplicablemente igual. Él incapaz de curar su impuntualidad crónica y ella incapaz de soportarla. No se lo explicaba, pero era así: toda su paciencia, toda la calma con la que podía esperar a cualquier persona desaparecían al tratarse de su ex marido. De nada le servía llevarse un libro porque era incapaz de concentrarse en él. Pasaba el rato mirando nerviosamente el reloj y preguntándose vanamente por qué extraños mecanismos entran y salen los demás de nuestras vidas. No entendía cómo alguien otrora tan cercano, tan íntimamente ligado, era hoy un perfecto extraño y al mismo tiempo cómo ese perfecto extraño podía ser el padre de su hijo. Él siempre aparecía antes de que ella encontrara la solución al enigma.

—Pero ¿qué bebes?

—Ya lo ves, si no llegaras tarde a todas tus citas, en días como este, mi estómago, hígado y cerebro saldrían ganando —contestó Marta en tono áspero, suficientemente cortante para acallar a su ex marido.

Fiel a su costumbre, el hombre pidió un café y, mientras lo servían, se ausentó al servicio. Diríase que la idea de afrontar una conversación coherente y asumir responsabilidades ejerce efectos diuréticos, pensó Marta con gesto displicente y, por otro lado, agradecida porque tras su mirada indiferente y sus sentimientos adversos se escondía el placer de prolongar un rato más la soledad. Como Alicia en la consulta, ella también intentaba evadirse, huir de

ahí mientras él primero se aliviaba y luego removía parsimoniosamente el azúcar del café sin atreverse a mirarla de frente. Y, al igual que Alicia, a ella también la irritó la inevitablemente brusca vuelta al presente cuando, finalmente, oyó la voz de su ex marido.

—Hum. Bueno, no sé cómo empezar, algo te adelanté por teléfono, ya sabes. El caso es que el niño quiere volver a lo de antes.

—Ya. El niño...

—Sí, tiene problemas, tal vez sea mejor para él.

—Para él, claro. Dime, ¿te ha dejado tu amiguita? Con los años resulta cada vez más difícil reponerlas, ¿eh? Se ve uno obligado a recurrir incluso al archivo histórico.

—No seas frívola, estamos hablando de los sentimientos y problemas de tu hijo.

—De acuerdo, me pondré seria, pero si el problema es de mi hijo, es con él con quien debo tratarlo, ¿no te parece? Tranquilo, hombre, este fin de semana hablaré con él. Aprovechando que su primo está con paperas y no tendrá compañero de juegos, habrá más oportunidades y tiempo para confidencias.

—Sí, pero yo pienso lo mismo que él.

—No lo sé. Si aún no he hablado con el crío, difícilmente puedo evaluar las coincidencias o divergencias entre su pensamiento y el tuyo.

—Chica, estás imposible. En ese tono sarcástico no hay manera de entenderse, cada día es más difícil hablar contigo.

—Celebro tu perspicacia porque de eso se trata.

—¿De ponérmelo difícil?

—¿Esperas acaso una alfombra persa o un lecho de rosas?

El hombre, acorralado y más exasperado que de costumbre, intenta ganar tiempo y pensarse mejor la siguiente jugada:

—Pepe, por favor, otro café.

—Y a mí otro ron —añade Marta desconcertante.

—¿Quééé?

—Lo que oyes. ¿Alguna objeción a que la madre de tu hijo beba ron?

—¿Objeción? No, solo extrañeza, pero bueno, si ahora te ha dado por ahí, tú sabrás, pinta de alcohólica no tienes.

—Aquí tenéis: el café y el cortadito de siempre —tercia el camarero con sonrisa cómplice.

—Te había pedido un ron —intenta replicar Marta antes de que su mal

disimulada risa acabe estallando en sonora carcajada, actitud que ofende en lo más hondo a su ex marido al sentirse burlado en público.

Se levanta airado, Marta supone vagamente que debería explicarse, pero, presa de un ataque de risa, ni siquiera lo intenta. La idea de que su sesión de tortura psicológica concluya de este modo improvisado, con la colaboración memorable del camarero, le devuelve el buen humor perturbado esta tarde, primero por la tozudez de Alicia, luego por su incapacidad de apreciar el ron, finalmente rematada con la impuntualidad y la actitud chantajista del padre de su hijo.

—Demasiado para un solo día, ¿verdad, Pepe?

—Ni que lo diga. Claro, que esto del teatro no se nos da nada mal. ¿Se toma ahora la copita de ron?

—No, gracias, me termino el cortadito, te pago y me voy.

—Porque usted quiere, que por mí...

Marta sale del bar y regresa a casa dando un paseo. Necesita aire fresco. Camina distraída por las calles alternando aburrimiento y diversión; sonrío al pensar en su marido alterado por la solícita devoción del camarero y suspira por la sensación de tedio y cansancio. Decide acelerar su vuelta, llegar a tiempo de obsequiarse con un baño relajante antes de enfrentarse a las tareas domésticas.

La bañera es refugio seguro. Lo sabe por experiencia. Sumergida en ella puede huir placentemente de cuanto la agobia, angustia o molesta. Escondida bajo la espesa capa de espuma, en este caso inagotable por la mezcla irracional de diversas clases de sales, geles y jabones, intenta abandonar la irritación que inevitablemente le producen el chantaje reiterado de su marido y el silencio obstinado de Alicia. Para colmo, esa experiencia con el ron... ¡Uf! Un nuevo fracaso. No puede ser, necesita olvidarlo. Añade otro puñado de sus sales favoritas y a punto está de conseguir su objetivo cuando suena el teléfono. Liliana. Tras interesarse por su estado, le cuenta la conversación con Fina. Marta lamenta haber sucumbido a la tentación del inalámbrico pero ya es tarde. Ya no se salva de escuchar cómo Fina ha regañado a Liliana por meterse en un terreno para el que no está formada y haber conseguido infundir inquietud y alterar el ánimo de su amiga, bla, bla, bla...

Otra manera de tomar el baño

Alicia también toma el baño antes de acostarse, pero, a diferencia de Marta, nunca mezcla productos compulsivamente. Muy al contrario, elige con sumo cuidado los aceites esenciales, según la ocasión. Tomillo y romero como tónicos, manzanilla amarga e hipérico para suavizar las impurezas de la piel, lavanda y pétalos de rosa para relajarse soñando. El señor de Madrid le enseñó a distinguirlos, a dosificarlos y mezclarlos adecuadamente. Todo un arte. Un buen baño, como cualquier otro placer, conlleva su ritual. Requiere su tiempo y ciertos conocimientos.

Alicia nunca llena su bañera de golpe, abriendo ambos grifos a la vez. No. Primero el agua caliente. Únicamente la caliente con su saquito de pétalos de flores colgando del grifo, a modo de infusión. Solo cuando el agua alcanza la señal — aproximadamente un tercio de la bañera— y el cuarto se ha convertido en algo parecido al hammam de los turcos, Alicia se desnuda, cierra el grifo del agua caliente, abre el del agua fría, introduce un termómetro, añade los aceites elegidos, se toma su copita de elixir y, aspirando profundamente el vaho, espera a que la temperatura del agua baje hasta los 38 °C escasos. Es entonces cuando se sumerge en el agua y permanece en ella hasta que el termómetro indica 36,8 °C, es decir, unos veinte minutos, al cabo de los cuales exfolia su piel con un guante de crin, toma una brevísima ducha fría y envuelve su cuerpo en una inmensa sábana de baño, suave y esponjosa. Descansa media hora, hidrata su piel, se contempla un rato, presumiendo de cuerpo limpio y desnudo frente al espejo, elige la camisola apropiada y se desliza bajo las sábanas de seda que le permiten seguir mimando su cuerpo. Alicia se masturba todas las noches y vive el orgasmo como una ofrenda a su señor de Madrid, dueño absoluto de todos sus placeres.

—¡Qué sabrán ellas! —exclama una noche más al relajarse.

Hoy, con mayor regocijo porque imagina a Marta haciendo muecas frente a una copa de ron ordinario.

—¡Ron Negrita! ¿Qué se habrá creído? ¿Qué ridículas las de ese hospital!

¿Cómo pretenden dirigir la vida de nadie con tan poca sabiduría, tan pocos conocimientos de la vida auténtica? ¡Qué sabrán ellas, qué sabrán!

Pero Alicia sabe que Marta ya ha «picado», que se están invirtiendo las tornas y se crece en la medida en que flaquea su terapeuta. De ahora en adelante la terapia será más divertida. Lo del ron no es nada comparado con lo que le espera a esa pardilla. Alicia urde su plan de venganza. No se limitará al ron, piensa darle lecciones acerca del baño, un baño como Dios manda, seguro que se le ponen los dientes largos, y, por supuesto, también le hablará del cuscús.

—El cuscús de Chez Bebert. ¡Hum, qué delicia! ¿Habrá estado alguna vez en París? Quiero decir, para algo más que un estúpido viaje profesional o meramente turístico. ¿Habrá conocido la ciudad de los placeres por excelencia? Imposible. No sería tan sosa, tan incrédula ni emplearía su tiempo en hacerme aceptar la inexistencia de esos placeres. ¡Qué va! Pero se acabó. A mí ya no me achanta. Hasta ahora me he defendido como Gandhi, ahora me toca pasar a la ofensiva. Una ofensiva a mi manera, claro está, soy consciente de mi posición en este juego, pero antes de la primavera le habré puesto el cuerpo del revés. Una de dos: o deja de fastidiarme y aprende a gozar de la vida o la dejo yo amargada y para siempre.

Alicia se desliza, deja resbalar su cuerpo en la bañera de forma que el agua cubra sus hombros aunque queden fuera las rodillas, y se entrega a los recuerdos placenteros.

París. Todas creen que estuvo en el Hospital Necker acompañando a su tía inválida, pero no es así. Su tía, efectivamente, consultó e ingresó en esa institución tan reputada como especializada en enfermedades nefrológicas, pero esa es otra cuestión. Nada tiene que ver con el viaje iniciático al que la invitara el señor de Madrid.

¿Cómo olvidar aquellas copas de zumos exóticos artísticamente decoradas y servidas con la galantería y el buen humor del apuesto camarero del Olympia? ¡Ah, el Olympia! El mítico Olympia no es solo un prestigioso teatro, meca de todo cantante de éxito, el Olympia es también su café-bar, su bistrot, donde gente guapa y atractiva degusta platos deliciosos y bebidas variadas ofrecidas con tanto o más gusto que el apreciable en el escenario.

Ellas no saben nada, pero Alicia es condescendiente con su ignorancia porque durante mucho tiempo ella también creyó que una invitación al Olympia era una invitación al teatro, a un recital. Hasta el año pasado en que

el señor de Madrid se convirtió por arte de magia en su señor de París. Allí, en su compañía degustó cada día un zumo y cada noche una copa diferente, y entre copas, zumos y ensaladas conoció a aquel actor alto y extranjero cuyo nombre no llegó a saber. Cada noche preguntaba por su nombre y cada noche recibía una respuesta distinta, a cual más exótica y difícil de memorizar. Pero aunque no recordase el nombre de la víspera, sí sabía que no era el mismo. Lo sabía, pero no lo discutía, lo aceptaba maquinalmente, expresando en su mirada la misma convicción con la que él le decía: «Ya te dije anoche que se llama X». Le parecía bien, como todas las respuestas de su señor de Madrid. Más aún, le estaba agradecida. Después de todo, era él quien la llevaba allí todas las noches y, por lo tanto, a él debía ese rato de contemplación, esa ración diaria de belleza masculina a su alcance. Bueno, casi, casi a su alcance; con el señor de Madrid todo es «casi, casi», es el placer del deseo, se persigue el deseo por el deseo en sí, no por su realización. El señor de Madrid la contempla ponerse las medias, pero solo roza sus piernas; el señor de Madrid acerca sus labios cuando ella bebe ron añejo, pero no la besa; el señor de Madrid la lleva al Olympia, le presenta a un actor atractivo, los deja solos un rato contemplándolos desde lejos, disparando su cámara mental, pero el señor de Madrid reaparece y se la lleva a otro bar antes de que ella pueda aprenderse el nombre del extranjero que le interesa. Sola ni siquiera podría preguntar por él. Pero ella obedece. Obedece complacida y agradecida. Olvida a su lado todos los sinsabores del Hospital Necker, las sondas, las bolsas urinarias y el rostro demacrado de su anciana tía inválida.

Sus compañeras de oficina se ríen, le gastan bromas crueles, recurren a la burla despiadada como venganza porque piensan que les toma el pelo, que su tía adinerada, aunque necesitada, la explota cuanto puede mientras ella inventa historias fabulosas de novios y viajes fantásticos, pero eso no es verdad. Ella acompaña a su tía en sus desplazamientos sin importarle el que jamás la invitara antes de enfermar. Cuando aún se valía por sí misma, gastaba dinero a espuestas con las amigas. Entonces no se acordaba de las necesidades de su sobrina huérfana ni del juramento que le hiciera a su hermana en el lecho de muerte. Pero aunque Alicia no se lo reproche ni lo tenga en cuenta, aunque la haya acompañado varias veces al Hospital Necker, también viaja con el señor de Madrid cuando la invita y, lo crean o no, es cierto, es cierto, tan cierto como que estuvo en el casino, jugó el dinero que él le prestó y ganó. Es cierto.

¡Qué sabrán ellas! ¿Tan raro resulta desmayarse de la emoción después de ganar? ¿Tan difícil de creer? ¡Qué sabrán ellas, qué sabrán!

Y, en efecto, ellas no sabían mucho de estas cosas, pero en estos momentos, Alicia, sumergida en su bañera y sus recuerdos, también ignoraba algunos acontecimientos de última hora que iban a resultarle de sumo interés. La bronca de Fina a Liliana no era gratuita.

Sesión clínica

Fina no se contentó con su reprimenda a Liliana. Decidió llevar el caso de Alicia a la sesión clínica de los jueves. Naturalmente, a Marta no le hizo la menor gracia. ¿Cómo iba a hacérsela? El caso de Alicia Berenguer se había tratado ya, incluso en varias ocasiones. Volver sobre ello y sin mayores logros que exhibir implicaba para Marta la aceptación de su fracaso ante todo el servicio. Eso no se le hace a una amiga ni aunque sea por su bien, pensaba con amargura resignada.

Profesionalmente, Fina estaba en su derecho y casi en su deber. Así lo habían acordado en su día por unanimidad, así lo exigía el trabajo en equipo. Cada terapeuta podía y debía plantear no solo las dudas y problemas de sus propios pacientes, también los relativos a los casos de sus colegas, especialmente cuando se trataba de dudas y dificultades ya planteadas con anterioridad a petición de ellos mismos. Era lo que llamaban el «seguimiento».

Por otro lado, Fina llevaba tiempo seriamente preocupada por su amiga y convencida de su necesidad de ayuda.

Marta comprendía las razones de amistad, pero únicamente con una parte de su cerebro. La otra las rechazaba profundamente. Llevaba días encerrada en sí misma, sin hablar de Alicia y sin ganas de comentar nada con nadie, y así deseaba continuar. Al menos hasta que resolviera sus propios problemas. Al enterarse del orden del día de la próxima sesión, se sintió francamente contrariada, incluso traicionada. De poco le sirvieron las explicaciones de su amiga. Cuanto dijo acerca de que tenía un caso muy parecido y prefería aprovechar la experiencia ajena, bla, bla, bla, le sonó a cuento y excusa de mal pagador. Preparó pues su informe con absoluta desgana y rabia contenida.

Para su sorpresa, la sesión no resultó tan penosa como cabía esperar. Fina presentó, efectivamente, un caso bastante similar y explicó su temor a que pudiera resultar tan obstinadamente difícil como el de su compañera, de tal manera que a nadie extrañó su afán por escarmentar en cabeza ajena. Todos

sus colegas se manifestaron sinceramente interesados y comprensivos, no hubo suspicacias, no se creó la menor tensión ni se percibió actitud triunfalista o competitiva por parte de nadie.

Marta se limitó a exponer los tratamientos seguidos, que a todos parecieron los más adecuados, pero, naturalmente, calló sus dudas personales y disimuló con toda corrección las transformaciones que a ella misma la sorprendían en los últimos tiempos. Cuando, finalmente, el jefe del servicio, después de oírlos a todos, le propuso nombrar un terapeuta de apoyo, alguien que sin interferir en su labor siguiera de cerca el caso y le sirviera a ella de consultor permanente, se quedó pensativa, pero reaccionó enseguida aceptándolo con los demás como la mejor de las soluciones. En realidad, para ella no era la mejor sino la menos mala. «Ya sabes, hay precedentes, y en los casos en los que hemos recurrido a este sistema, ha dado siempre buenos resultados...» Sí, sí. Marta lo sabía y también sabía que a ninguno de sus colegas le pasaría por la cabeza la idea de que tal vez sea un error querer curar a Alicia, y difícilmente iba a poder sincerarse con ningún consultor, pero era mejor callarse las inquietudes. Lo más curioso de la sesión fue que enseguida surgió un voluntario. Generalmente a nadie le agrada este incómodo papel de agregado a un caso, pero el de Alicia Berenguer está resultando especial incluso en esto. Apenas se tomó el acuerdo y antes de que se oyeran los habituales suspiros de «a ver a quién le toca el muerto», Manuel los sorprendió a todos con un sonoro:

—Si no os importa, a mí me gustaría este seguimiento.

Naturalmente, no hubo la menor objeción por parte de nadie y Marta contuvo su curiosidad hasta el final. Ya en el pasillo, una vez levantada la sesión, como sin darle importancia, le preguntó:

—¿Cómo es que te has ofrecido voluntario con lo ocupado que estás?

—Sí, ando muy liado con la preparación del congreso y todo lo demás, es verdad, pero por lo que cuentas, este caso me interesa de un modo especial. ¿No te habrá sentado mal?

—¡Qué dices! En absoluto, hombre, ¿por qué me iba a sentar mal?

—¡Qué sé yo! Son historias delicadas. Puede parecer que voy de listo, que pretendo controlarte, enmendarte la plana, ya sabes. A veces elucubramos tanto inútilmente, nos complicamos la existencia de la manera más absurda... Bueno, yo prefería aclararte mis intenciones y evitar que surjan malentendidos.

—No te preocupes. Ya lo hemos debatido allá dentro; es cierto que necesito

ayuda. Cuando quieras quedamos para comentar y elaborar juntos un plan de trabajo, si te parece. Además, tienes razón, mejor sentar bien las bases y reglas del juego desde el principio y evitar roces y problemas. Empezamos cuando quieras.

—De acuerdo, te llamo mañana agenda en mano. Por cierto, la tal Alicia es esa chiquita de la gorra, ¿no?

—¿Qué gorra?

—Bueno, no sé, una chica morenita, bastante mona que suele acudir a terapia a las cinco de la tarde. La he visto muchas veces esperando delante de tu consulta, ya sabes, es mi hora sagrada del café. De camino hacia la máquina, paso por delante de tus pacientes, entre otros, claro. Algunos días la morenita lleva una gorra muy graciosa.

—Ah, pues sí. Esa es Alicia Berenguer. ¿Atribuyes algún significado especial a su gorra o al modo de llevarla?

—No, mujer, no seas suspicaz, no habla mi ojo clínico, solo mi gusto personal. Me gustan los tocados y me suelo fijar en las pocas mujeres que los llevan hoy en día. Siempre me habéis reprochado estar algo «chapado a la antigua» en cuestión de gustos y modales. Las gorras y sombreros forman parte de mi «yo antiguo».

—¡Ah! ¡Qué alivio! Creía que se me escapaba algo y este era tu primer tirón de orejas —bromeó Marta a modo de despedida, pues hablando, hablando, ya habían llegado al punto del pasillo a partir del cual sus caminos divergían—. Hasta mañana.

Manuel se despidió con un apretón de manos y una amplia sonrisa. Marta entró en su despacho. Allí encontró a Fina, que la estaba esperando.

—¡Caramba, qué rapidez!

—Sí, me he adelantado. Quería saber si aún estabas enfadada conmigo y qué te ha parecido todo.

Marta acabó aceptando las explicaciones de su amiga más por cansancio, por ganas de zanjar la cuestión, que por convencimiento real. Sabía que su amistad con Fina quedaría resentida por lo que ella consideraba una traición, pero deseaba salvar lo salvable, no empeorar más las cosas y, sobre todo, anhelaba con toda su alma dejar de hablar del asunto.

—Sí, mira, he salido ganando. Después de todo, Manuel es un tipo interesante. Ahora lo tendré más cerca. Espero disfrutarlo y, en el peor de los casos, algo aprenderé de él.

En efecto, Manuel era un tipo interesante, de trato muy agradable y con una sólida formación y cultura general. Médico psiquiatra por una prestigiosa universidad americana, había ejercido la profesión en varios países y colaborado con un grupo de investigación de carácter internacional. Trabajó con jungianos y también con reichianos. Su espíritu inquieto y sus ansias por conocer otras culturas despertaron su interés por las llamadas terapias alternativas, para él simplemente complementarias, y cuando tuvo que escoger entre una cátedra universitaria en Estados Unidos o un largo viaje a China e India, optó por lo segundo.

Todo eso y algún que otro dato más se sabía por su currículum, pero de su vida personal no había trascendido gran cosa. Era lo que habitualmente se dice «un hombre reservado». Tranquilo, amable, cordial, pero muy suyo. Se le trataba, porque así lo inspiraba su actitud, como a un inglés: a nadie se le ocurría formularle preguntas acerca de lo que hacía o dejaba de hacer fuera del hospital. Y aunque a todos intrigaba cómo un hombre con esa preparación y experiencia había recalado en un hospital español de provincias, conformándose con una simple jefatura de sección, nunca fue tema de comentario. Su autoridad moral estaba por encima de toda curiosidad mejor o peor intencionada y también de toda envidia. Ciertamente, Marta saldría ganando acercándose a él, aunque habría preferido que el motivo de acercamiento fuese otro.

La orquídea

—Alicia, tengo que hablar contigo.

—¿Lo de siempre o es que ya se ha bebido usted el ron?

—No —prosiguió Marta haciendo caso omiso de la malévola alusión al ron y del tono displicente acostumbrado—. «Lo de siempre» vendrá a continuación, pero antes de empezar quiero explicarte algo.

Hizo una pausa. A pesar del cansancio, percibió con alivio e inquietud a partes iguales los indicios de cambio de actitud expresados en la ironía de Alicia; sin duda empezaba a evidenciarse la inversión de los papeles. Alicia cada vez más segura de sí misma, ella cada vez más dubitativa. Intentó disimular su insatisfacción continuando con aparente naturalidad la explicación prevista:

—En estos momentos tengo mucho trabajo y en los próximos meses, con la preparación del congreso, voy a estar muy ocupada. No siempre podré atender la consulta personalmente. Es posible que en algunas ocasiones te atienda otra persona, probablemente el doctor Hernández.

—¡Ah! ¿Un hombre?

—Sí, ¿por qué? ¿Acaso prefieres una mujer?

—Me da igual.

—Si quieres, te lo presento antes. Lo digo para que no te pille desprevenida si algún día te recibe él. Puede resultar más fácil si ya os conocéis.

—Ya le conozco.

—¿Le conoces?

—Sí, toma café todos los días a las cinco, como el té de los ingleses.

—¡Vaya! ¿Cómo sabes tú eso?

—Porque me cruzo con él. Un día se detuvo ante mí y pude leer bien la tarjeta de identificación, esa que lleváis enganchada en la bata y casi nunca sirve para nada porque no se lee. Se llama Manuel Hernández y, por cierto, en la foto no sale nada favorecido. Está mejor al natural. Mucho mejor.

—¡Caramba, Alicia! Me sorprendes. De modo que mi colega se detuvo ante

ti, tú leíste su ficha y comparaste la foto con el mismo que toma café a las cinco. ¡Qué cosas!

—No, bueno, no es del todo así. Él no se detuvo ante mí. Lo pararon unas señoras para preguntarle algo sobre una parienta ingresada. Lo abordaron justo en el momento en que pasaba a mi lado. Casi todos los días, cuando yo entro por el pasillo, él va hacia la máquina del café. Por eso sé que tiene la costumbre del café de las cinco. Aquel día, el día en que se paró, mejor dicho que le pararon, su placa me llamó la atención por tenerla tan cerca y porque me pareció más abigarrada que otras. La leí por curiosidad, de modo que también sé que es vuestro jefe.

—En efecto, es jefe de sección y, como tal, coordina a todos los terapeutas.

—Pues, no sé... ¡qué raro que un jefe haga de sustituto!

—Bueno, no exactamente. Aquí trabajamos todos en equipo, y nos ayudamos y sustituimos mutuamente cuando hay más trabajo del habitual. En estos momentos, tenemos a un compañero de baja y, por si faltaba algo, congreso a la vista. Nos repartiremos el trabajo suplementario como mejor podamos. Por eso algunos días no estaré en consulta.

—Si a mí me da igual.

—Ya, ya sé que a ti te da igual, lamentablemente te da igual... —Marta suspiró descorazonada.

No era para menos. Varios días dándole vueltas, preguntándose cómo preparar a Alicia para los posibles cambios. En realidad, ni ella misma conocía el alcance de las decisiones adoptadas en la última sesión. ¿Hasta dónde se iba a implicar Manuel? ¿Qué iniciativas tomaría? Por ahora parecía prudente, pero, como es lógico, no tardaría en querer conocer los hechos de primera mano. Y, entonces, veremos. Si le toma gusto, como así parece, veremos hasta dónde y cómo. En tal caso, ¿lo encajaría bien Alicia? ¿Cómo reaccionaría? Habría que prepararla, se decía. Tenía sus dudas: advertirla o jugar con el factor sorpresa. ¿Qué resultaría mejor? Todo tiene pros y contras. Marta se había pasado gran parte del día, en realidad todos sus ratos libres, sopesándolos para que ahora llegara Alicia con su apatía habitual, su desconsideración cercana al menosprecio y en ese tono distante, desde el otro lado de la muralla, sin mover un músculo de la cara, simplemente dijera «si a mí me da igual». Realmente descorazonador.

Y a esa desazón se unía su otra inquietud, su pregunta inconfesada, la que no se atrevía a formularse, pero no por ello dejaba de incordiar: ¿cómo quedaría

ella misma? ¿Como terapeuta fracasada? Manuel era un hombre, un hombre muy interesante y eso, bien lo sabía ella, jugaba en su contra. Cualquiera mujer, incluso Alicia Berenguer, a pesar de tanta indiferencia reiterada, acogería el cambio con interés. De hecho, a su manera, ya ha manifestado interés por él. Lo preferirá, está claro. Sin duda, él tiene muchas más posibilidades reales, ajenas a la ciencia, a la mayor o menor preparación profesional. De ahí el acierto de la decisión y de ahí también el peligro, el doble peligro.

Para ella, el del fracaso; para Alicia, una incógnita, pensaba Marta angustiada. Alicia, una mujer necesitada de cariño, Manuel un hombre cálido, interesante e interesado, que irradia humanidad, ambos se han fijado el uno en la otra. Sombrero, placa... ¡quién sabe! ¿Cuál será el resultado de ese encuentro si Manuel no se conforma con la teoría y el expediente? ¿En qué acabará todo esto? Marta lo temía. Se dejó invadir por cierta sensación de derrota anunciada, y tras un prolongado y profundo suspiro, inició la terapia con la misma desgana, o casi, que su paciente.

Suspiró al coger los folios necesarios para tomar las mismas notas de siempre. Sin darse cuenta, tropezó y varios objetos de su escritorio, entre ellos el bolígrafo, cayeron al suelo. Se agachó para recogerlos y, mientras estaba con la cabeza bajo la mesa buscando el sacapuntas y la goma de borrar, que se resistían a hacerse visibles, le pareció oír la voz de Alicia. ¿Será posible? ¿Será posible que empiece ella sola, que por una vez no aproveche mi descuido para tomarse unos minutos de vacaciones extras? Marta no daba crédito, no sabía si sacar la cabeza a la superficie o si seguir buceando bajo la mesa, porque, en efecto, Alicia, contra todo pronóstico, estaba balbuceando. «Tengo que hablar contigo», le pareció oír a Marta. «Contigo», me está tuteando y en ese tono dubitativo, casi tembloroso, ¿qué la ha decidido de pronto? Hace solo unos minutos seguía en su actitud hierática: «Me da igual», había dicho con su fría pasividad de siempre. «Verás, bueno, es que no sé, es un poco raro», seguía titubeando Alicia. ¿Qué hago? ¿Qué digo? ¿Qué dice?, se azoraba Marta. Interminables aquellos segundos, tal vez minutos debajo de la mesa hasta que, finalmente, logró sobreponerse a la sorpresa, terminó de recoger su material de escritorio desparramado y se acomodó como de costumbre.

—Sí, dime.

—Es algo extraño.

—Quieres contármelo, ¿no? Adelante, te escucho.

—He recibido una orquídea.

—¡Ah! Pero eso en tu caso no es tan extraño. Recibes flores a menudo, ¿no es así?

—Sí, pero esto es diferente.

—¿Por qué?

—No sé. Es diferente. —Alicia cambió de tono y Marta tuvo la impresión de que se había arrepentido de su momento de debilidad pero continuó preguntándole:

—¿Era bonita?

—Mucho. La más bonita de todas.

—No te pregunto quién la envía, ¿verdad?

—No sé... —volvió a titubear Alicia.

—¿No sabees? —se extrañó Marta.

—Bueno, sí, lo de siempre, ya sabes... ¡Qué tontería!

—¿Qué te pasa, Alicia? Pareces irritada. No entiendo. Te enfadas conmigo precisamente hoy, hoy que has sido tú la que ha querido hablar. ¿Tienes algún problema?

—Sí, claro que tengo problemas. Tengo muchos problemas. Ya sabes cómo son mis compañeras. Me han bloqueado el ordenador. Me he pasado toda la mañana sin poder trabajar y no he podido entregar a tiempo el informe de mi jefe. ¡No veas cómo se ha puesto! Todo por culpa de los bombones. Eran de ron, ¿sabes?, buenísimos. Cuando vieron la caja, se pusieron como fieras, me chillaron, me llamaron loca por gastarme el sueldo entero solo para farolear ante ellas, pero bien que se los comieron las muy glotonas. Mientras yo atendía al técnico que vino a reparar la avería que ellas mismas habían provocado, se los merendaron todos. Cuando me quise dar cuenta no quedaba ni uno. ¡Ni uno siquiera! No he podido probarlos. Dijeron que comérselos era un signo de cortesía puesto que yo me los autorregalaba para presumir ante ellas. Son unas arpías. Me hacen la vida imposible. Desde que se supo lo del casino y lo de mis tratamientos, no he tenido un momento de tranquilidad con ellas, ni un respiro, ni una tregua, nada, un odio endemoniado e irracional. Mi jefe me defiende, pero, claro, si no le hago el trabajo a tiempo, pues imagina...

Alicia narró toda la historia de un tirón, sin pausas, casi sin respirar, nerviosa, atropellada hasta que de pronto se detuvo, cambió el semblante y con un «bueno, no te quejarás, hoy he hablado mucho», puso punto final a su relato, retomó su actitud hermética y no hubo manera de volver a la cuestión

inicial, la del fenómeno extraño del que supuestamente quería hablar. Acabó pretextando un dolor de cabeza para abandonar la sesión antes de tiempo.

Marta no insistió más. Tampoco mencionó la cuestión del tuteo. Prefirió dejarla marchar y quedarse sola intentando descifrar, adivinar qué demonios estaba pasando. Ese cambio para acabar como siempre. No, no era una burla ni un juego de poder. Algo se había movido en esa cabecita. Un conato de cambio. Paciencia. Dejemos que el tiempo juegue su baza. Sin duda, volverá a intentarlo, necesitará más de un intento hasta lograrlo. Esperaré atenta, procuraré estar ahí, lista para recibirla el día que se abra. Mientras tanto, dominaré mi impaciencia, mi curiosidad por saber qué se cuece en esa olla, qué se esconde detrás de ese disfraz y... veremos. Veremos si somos capaces de ofrecerle algo mejor o si la pobre Liliana está en lo cierto pensando que el sentido de la realidad obligado será mucho peor para ella.

En ese mismo instante y como atraída por su evocación, Liliana irrumpió en el despacho de Marta.

—¿Has visto? ¿Has visto? —repetía alterada—. ¿Has visto la orquídea de Alicia?

Marta pegó un brinco.

—¿Qué? ¿La has visto tú?

—Sí, la dejó en la portería. Era una preciosidad. Verdaderamente espectacular. No es extraño que a Elvira le llamara la atención, nos lo dijo, enseguida se corrió la voz, una planta como esa no se ve todos los días. Al menos las del archivo no habíamos visto una igual. Te digo yo que esa chica no está tan chiflada. Aún va a resultar cierto lo que cuenta; si no todo, al menos parte, porque la orquídea estaba ahí. Todas la hemos visto. Se marchó con ella la mar de contenta.

—¿Eso también lo habéis visto o solo la planta?

—No, eso lo vi yo, que procuré estar pendiente, las demás no saben de quién era. Por cierto, por poco me pierdo su salida porque hoy se ha ido antes de la hora. ¿Os ha pasado algo? Seguramente no le creíste lo de la orquídea y...

—¡Calla, calla, no te des cuerda! —la interrumpió Marta visiblemente irritada—. Le dolía la cabeza y terminamos antes la sesión, cotilla, que eres una cotilla. Además, que la vieras salir con una orquídea no prueba nada. Y si prueba algo, es justo lo contrario de lo que estás pensando.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Se ha cansado de que no la creamos y deja un rastro visible de sus fantasías. Tú has visto una orquídea, a mí me ha hablado de ella, pero ni tú ni yo hemos visto al mensajero, menos aún al señor de Madrid. Lo más probable es que se la haya comprado ella misma. ¿Por qué si no iba a pasearse con ella? Si de verdad la hubiera recibido, y además de fuera, los de Interflora se la habrían entregado en su casa y no tendría que ir por ahí orquídea en mano.

—Ya... —Liliana suspiró visiblemente desilusionada por ese razonamiento lógico, pero al minuto, volvió al ataque—: Pudo haberla recibido en su oficina.

—¿Tú crees?

—Pues sí. Ella viene aquí derecha del trabajo. No creo yo que su sueldo le dé para chifladuras tan caras y, bueno, aunque así fuera, ya nos gustaría a nosotras disfrutar de una planta como esa y de la galantería también, ¡qué caray! , real o inventada, ¿qué más da?

—Liliana, por favor, sobre eso ya hemos hablado. Me alegro de que te gustara la orquídea, incluso estoy dispuesta a regalarte una para tu cumpleaños, pero dejemos la discusión sobre sueños y realidades, ¿vale?

Liliana comprendió. Volvió a sus quehaceres archivísticos dejando a su amiga prepararse para recibir al siguiente paciente. Gracias a él, Marta se vería obligada a concentrarse en otro problema y dejar de cavilar por un rato sobre los de Alicia, que ya eran los suyos propios.

Bendita gripe

Por una vez la gripe no es inoportuna, pensó Marta al sacudir el termómetro tras comprobar que, en efecto, tenía fiebre. Y bastante alta. Muy bien, unos días de cama, alejada del hospital, de Alicia, de su ex y, sobre todo, de Fina. ¡Qué mejor prueba para la terquedad de su amiga de que no le pasa nada especial! Un bajón de defensas, un enfriamiento en primavera lo tiene cualquiera. Ya la puede dejar en paz: era eso. Todo su problema de estos días es que estaba incubando una gripe. No hay más. ¡Bendita gripe!

Naturalmente se equivocaba. En ningún momento de los tres días de fiebre alta logró desalojar a ninguno de ellos. Fina, Liliana, Alicia y Manuel aparecían en todos sus sueños. En los delirios febriles y en los largos ratos de duermevela y sopor, producido por el embotamiento y el efecto de los antipiréticos, ahí estaban ellos presionándola con sus interrogantes, sus prevenciones y advertencias.

—¿Qué haces aquí, Eulalia? ¿O qué hago yo? ¿Qué hora es?

—¡Ay, señorita, bendito sea Dios! Ya se me despierta. ¡Ay, qué susto, qué susto, señorita! *Pa* que luego se meta usted conmigo, que si no es por la Virgen...

—Pare, pare, déjese de vírgenes y dígame qué ha pasado.

—Pues verá. Que el martes me vengo *pa* aca como todas las semanas, y al entrar, pues que no estaba dada la llave. A lo primero me asusté, pero como últimamente anda usted tan despistada, pues pensé: No, no serán ladrones, será que con las prisas... bueno, esas cosas, y me metí *palante*. Empiezo como siempre por la cocina, y al ir a poner la lavadora, veo que no está la ropa de cama en el cesto como otras veces y digo, pues claro, esta hoy se ha dormido y ha salido pitando. Me voy *pal* dormitorio y ¡Virgen del Amor Hermoso! Allí estaba usted tendida en la cama, como muerta. Me acerco, y al tocarla y ver que estaba usted ardiendo, ya me alivié. ¿Me comprende? Le puse un paño frío en la frente y casi echa humo, al ratito ya estaba seco. Así que llamé a urgencias y enseguida mandaron un médico. Uno joven, a lo primero no me fié,

pero luego vi que era amable y que parecía saber de lo suyo. Le puso una inyección y me dejó otra *pa* que llamara al practicante dentro de seis horas. Dijo que él se volvería a pasar al acabar el turno *pa* ver cómo iba, que si no había mejorado, lo mismo la mandaba al hospital, pero que no la dejara sola, que le siguiera poniendo los paños de agua fría. Un chico muy atento, sí, señora. Yo busqué en el bolso de usted el teléfono de esa amiga suya, aquella que ayudó usted y que luego la metió en los archivos. Ella dio el aviso en el trabajo y vino en cuanto pudo. La chica se ha portado, ¿eh? Se ve que le está agradecida. Entre las dos nos hemos turnado, yo de día y ella por las noches, que se iba por la mañana al trabajo con unas ojeras, la pobre. Pero claro, no íbamos a dejar que se la llevaran al hospital porque, digo yo, no es lo mismo enseñarle sus vergüenzas a unos médicos y enfermeras desconocidos que a los compañeros de trabajo. Eso siempre es un bochorno y, ¡qué caray!, cuando se está mala, como en la cama de una, en ningún sitio. Estas costumbres modernas del hospital *pa* cualquier cosilla a mí no me gustan, y como ya a última hora del martes el joven médico dijo que si no la dejábamos sola y la cuidábamos bien, que se podía quedar, que en un par de días o así le bajaría la fiebre, pues aquí estamos. No se equivocó el hombre, no. Algún rato sí que parecía que espabilaba usted un poco, pero luego le volvía el sopor, así que le han puesto el culo como un colador de tanto pinchazo. Ahora, gracias a Dios, ya la veo bien despierta. Así que se me va a tomar una taza de caldito que ya le tenía yo preparado *pa* cuando despertase. No, no me proteste que eso, como dicen en el pueblo, resucita un muerto, usted me perdona.

Eulalia, de natural bastante habladora, estaba, además, muy excitada. Soltó todo eso de un tirón, atropelladamente y en un tono que a Marta, recién vuelta en sí y todavía mareada, le pareció altísimo.

—Pare, pare, Eulalia. Por favor, no me aturda. Me tomaré el caldito, se lo prometo, pero más despacio, por favor, más despacio. ¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—¿Viernes? ¿Y dice que estoy así desde el martes?

—Pues sí, señorita. Yo me la encontré así el martes por la mañana. Y su amiga me dijo que el lunes fue usted a trabajar y se marchó diciendo que creía haber pillado la gripe. ¡Pues sí que la pilló, sí! Con principio de pulmonía y todo. Debió usted ponerse mala en la noche del lunes al martes. Suerte tiene que vengo los martes. Ya ve, usted que prefería los lunes. Imagine....

—Ya, ya vale. No volvamos a lo de los lunes, ya sé que no puede, esa

batalla la perdí hace tiempo, pero ya lo dice el refrán: «No hay mal que por bien no venga». Por lo que cuenta, su martes me ha salvado la vida. Gracias, Eulalia, muchas gracias. ¿Cómo se las ha arreglado estos días?

—Pues ya ve, anulando las otras casas. Contentas no se ponen las señoras cuando llamas *pa* decir que no vas, pero una cosa grave, pues la tienen que aceptar. No hay otra. Eso sí, dije que era de mi familia porque si digo que el problema es de otra casa, ahí vamos mal. Que son ustedes muy celosas, como usted con lo del lunes. Que Dios me perdone, pero dije que era mi sobrina la que estaba muy malica.

—Gracias. Gracias otra vez. Lo que ha hecho usted por mí no se paga con dinero, ya sé, pero tampoco puedo consentir que encima pierda usted su jornal. Lo que haya dejado de ganar yo se lo repondré.

—Usted repóngase usted misma y déjese de dineros ahora que voy a por el caldito. Tome, échese la bata, no me vaya a coger frío al incorporarse.

Marta estaba sinceramente agradecida, emocionada incluso por los desvelos y la fidelidad de su asistenta, pero la estaba agobiando. Al incorporarse se sintió muy débil y desgana. Habría preferido quedarse a solas, pero no podía permitirse una actitud de rechazo hacia quien había sacrificado tres días de su vida para cuidarla desinteresadamente. Además, la resistencia habría sido inútil: el caldito se lo tendría que tomar por las buenas o por las malas. No tenía escapatoria. Lentamente empezó a moverse, se pasó por los hombros la bata que le tendía Eulalia, acomodó la bandeja sobre su regazo, respiró hondo para mejor soportar el dolor de cabeza y se dispuso a saborear el caldito que Eulalia traía de la cocina sin parar de hablar por el camino. Marta, enterada ya de lo esencial, había dejado de escucharla hace rato, hasta que oyó:

—... pero vaya perra que pilló usted con mi Manolo, que ya le dije yo que la persiana no se la podía arreglar hasta que termine la obra, que ahora no libran ni en fin de semana, que ya se sabe, cuando hay obra hay que aprovechar que luego no se sabe si va a haber parón, que a veces empalman una obra con otra, pero a veces tardan en llamarle y es cuando aprovecha para los compromisos...

—Pero ¿qué dice, Eulalia? Si yo nunca le he metido prisas con los arreglos. Siempre le digo «cuando le venga bien».

—Ya, pues por eso mismo. Con los delirios una dice cualquier cosa y usted venga de llamar a Manuel. Lo demás apenas se le entendía, la verdad, pero el

nombre de Manuel sí que lo oí yo varias veces. Y como está pendiente lo de la persiana, pues me figuro que era por eso.

—Vaya usted a saber, la fiebre alta es lo que tiene, se dicen muchas cosas sin sentido.

Naturalmente, no estaba en el ánimo de Marta aclarar el más que probable equívoco. Poco a poco iba tomando conciencia de su error. Pues no, pensaba, la gripe, por grave que sea, tampoco es solución, ni alivio transitorio siquiera. En sus sueños febriles ni Fina, ni Alicia, ni Manuel la habían dejado descansar. ¿Y Liliana? Seguramente tampoco, pero la había cuidado, debía estarle agradecida.

Tras beberse el caldito, Marta tuvo derecho a un poco de silencio e intimidad.

—Muy bien, descanse. Yo estoy en la cocina. Dejo las puertas abiertas para oír la si me necesita.

Más tarde llegó Liliana, dispuesta a relevar a Eulalia y cubrir la guardia del fin de semana. Se alegró de la buena noticia.

—Por ahora, los pronósticos médicos se van cumpliendo. Será que no lo estamos haciendo mal, ¿verdad? Bueno, márchese tranquila, Eulalia —dijo señalando la bolsa de deporte que traía a cuestas—. Yo he venido preparada, traigo pijama, muda, potingues, todo lo necesario para quedarme hasta el lunes. Y por lo que veo, comida también hay de sobra.

—No sé, la verdad. Conste que si me voy es porque ya está mejor, que si no, no la dejaba yo tantas horas sola. Mire aquí dejo caldito para las dos, puré de patata, un filete *pa* usted... Y el domingo me acerco un momento a traerle algún guiso, de lo que haga para los míos, que aún no sé qué comeremos, pero descuide que...

Un rato de «que no hace falta, que sí mujer, que no me cuesta nada y me quedo más a gusto, bueno, como quiera, que si pasa algo me llama, que vaya tranquila, no pasará nada, que si las medicinas, que si esto y lo otro», hasta que finalmente se hizo el silencio.

Liliana esperó pacientemente a que su amiga despertara de su siesta y se entretuvo cambiando el agua a las flores recibidas.

Maldita gripe

Pero las cosas no sucedieron como las había imaginado Marta: unos días de retiro forzoso para alejarse de la rutina, librarse de las presiones, ordenar ideas y volver luego con el ánimo repuesto para encontrar la mejor solución posible. No. En su caso no se cumplió el dicho «la gripe sin medicarse son siete días y con medicación una semana». La suya fue una gripe complicada, con secuelas no muy graves ni irreversibles, pero sí de suficiente importancia para tomarse en serio la necesidad de cuidados. Tardó muchos meses en poder retomar su trabajo en el hospital. Durante ese tiempo recibió visitas, flores, libros, discos y cariñosas atenciones de sus compañeras, pero por prescripción médica y con la complicidad de Fina se le prohibió terminantemente preocuparse ni interesarse siquiera por temas relacionados con su trabajo.

Así Liliana, muy a pesar suyo, tuvo que ocultarle que la orquídea recibida durante los días de fiebre alta era idéntica a la famosa planta que le dejaron a Alicia en el hospital. Aquella que tanto llamó la atención y que fue objeto de discusión entre ambas, precisamente la víspera de caer enferma. También le costó mucho callarse y ocultarle que Alicia ya no acudía a terapia. Liliana se moría de curiosidad, pero espiar por su cuenta resultó poco menos que misión imposible. Ya sabemos que Fina la prefería en la inopia. No es de extrañar que se mostrara hermética y tajante, incluso activa recordándole que ella solo era una administrativa a cargo del archivo central y que su amistad personal con Marta no la autorizaba a más. Cuando Manuel asumió la consulta de Marta, vigiló las entradas y salidas, pero no volvió a ver a Alicia. Y, lo verdaderamente inquietante, no oyó que nadie la echara en falta. Nadie pidió su expediente. Tampoco llegó al archivo ni parte de alta ni renuncia voluntaria ni informe de ningún tipo. Parecía inverosímil que fuese la propia Alicia quien deseara esperar el regreso de Marta. Sabiendo, como sabía, lo dolida que estuvo su amiga por la exagerada conformidad, casi indiferencia, con la que acogió la noticia de que Manuel se implicaría en el tratamiento, esa hipótesis

no encajaba. Tampoco la de que fuese Manuel quien se negara a atenderla en espera del restablecimiento de su colega. Y aunque el veto a hablar con la enferma de absolutamente nada concerniente a su trabajo le pareció un tanto exagerado, más aún, incomprensible llevado a esos extremos, desde luego no sería ella quien se lo saltase. Consciencia o miedo a Fina, ¿quién sabe? El caso es que cumplió escrupulosamente las órdenes recibidas y no le quedó otra que morderse las uñas.

Y Fina es cierto que fue muy cortante con ella, pero no solo por no informarla. Fina no quería saber nada, se alegraba infinito de que esa chica dejara de proporcionarles tantos quebraderos de cabeza y sinsabores. Cuando pensaba en ella, y procuraba no hacerlo a menudo, solo le preocupaba no verse sorprendida por alguna noticia más o menos trágica. Confiaba sinceramente en la improbabilidad de que Alicia pudiera protagonizar algún suceso que implicara al hospital. No era una enferma bipolar con brotes de conducta violenta. Hasta la fecha solo se le habían conocido delirios a modo de llamadas de atención, intentando suplir carencias afectivas. Y sí, resultaba incomprensible que ninguno de los tratamientos aplicados hubiese surtido efecto, que en un caso aparentemente sencillo los fracasos se sucedieran y cualquier intento resultase fallido, pero, sinceramente, estaba harta. Harta y convencida del despilfarro de recursos públicos. Pensaba que esos medios estarían mejor aprovechados en cualquier otra paciente más necesitada y, sobre todo, más colaboradora. Harta también de que esa «niñata» (no podía evitar referirse a ella mentalmente en esos términos, por poco profesional que fuese) acabara arruinando la salud de su amiga ni que se hubiera interpuesto en su amistad. Decididamente, se alegraba de la desaparición de Alicia, pero, obviamente, nada contó.

Pasaron semanas, meses y cuando al cabo de medio año Marta, totalmente restablecida, fue dada de alta y se reintegró a su puesto en el hospital, lo primero que pidió fue el expediente de Alicia Berenguer. Sorpresa mayúscula: ni una sola línea añadida. La última anotación, la suya, fechada la víspera de enfermar.

Llamó a Liliana:

—¿Cómo es posible? No podéis llevar tanto retraso.

—No, no lo llevamos. El expediente está al día. Puedes comprobarlo con los datos del ordenador.

Efectivamente, la información tradicional coincidía con la informática.

—No entiendo.

—Pues está claro. Alicia dejó de venir.

—¿Así, sin más? ¿Ni le dieron el alta ni firmó la renuncia? ¿Nadie la llamó?

—Eso ya... Solo soy una administrativa, registro lo que me pasan sin derecho a preguntar.

—Está bien. Hablaré con Manuel.

Liliana fingió no oír y se retiró rápidamente. La estaban esperando, dijo. Ya, ya se irá poniendo al día, pensó. Ya averiguará por sí misma que Manuel dejó el hospital algo después que Alicia. Y si no, que se lo explique Fina.

Así ocurrió. Cuando Marta llegó al despacho de Manuel, vio que la placa había cambiado: JESÚS FERNÁNDEZ ROVIRA, JEFE DE SERVICIO. Se detuvo un instante y, en lugar de llamar, se fue en busca de su amiga.

Fina la esperaba. Sabía que se vería obligada, ahora sí, a ponerla al día de las novedades. Sabía que le caerían encima los reproches reglamentarios por no haberla advertido antes y se lo tomó con calma.

—¿Quién es ese Jesús Fernández Rovira? ¿Y por qué ocupa el despacho de Manuel? ¿Dónde está Manuel? ¿Por qué no me has...?

—Relájate —la interrumpió fina— Sabes perfectamente que debías estar alejada de temas laborales. Ya estás bien, te han dado el alta, te incorporas hoy y, por tanto, es hoy y no antes cuando debo ponerte al corriente. Siéntate y escucha. Jesús llegó aquí por un traslado, no tengo claro si voluntario o forzoso, hay versiones para todos los gustos y tampoco importa mucho, la verdad. Lo que sí importa es que desde el primer instante quiso el puesto de Manuel. Como sabes, pues el tema viene de lejos, con la nueva estructura su puesto iba a convertirse en jefatura de servicio.

—Sí, de hecho Manuel ya vino aquí para ocupar ese puesto en cuanto la plantilla estuviese aprobada. La jefatura de sección era algo provisional.

—Pero pugnas en el escalafón aparte, Jesús no simpatizó con Manuel en absoluto. Yo creo que fue verlo y odiarlo.

—Pues ya es difícil.

—Según se mire. Yo te lo advierto precisamente porque sé de tu admiración por él y no conviene manifestarla delante de Jesús. Vamos, mejor ni preguntes por Manuel en su presencia. Es como mentar la bicha.

—¿Así estamos?

—Así estamos. Y peor también. Es mejor que te sitúes. Jesús es un trepa sin

escrúpulos. Los problemas del servicio y los pacientes quedan supeditados a la preocupación por su carrera. Si le sigues la corriente, no hay problema, pero ¡ajo! con llevarle la contraria, plantearle problemas o intentar hacerle ver lo que él no quiere ver. Aquí nada es como antes. Ni las sesiones clínicas, ni el ambiente, ni los protocolos de actuación ni siquiera el modo de llamar a su puerta. ¿No te has fijado en el timbre que se ha mandado instalar?

—No. Al ver el cambio de rótulo, ni llamé a su puerta, preferí hablar contigo antes.

—Menos mal porque lo de llamar con los nudillos y asomar la cabeza se acabó hace tiempo. Lo que siempre se ha hecho es ahora poco menos que falta grave.

—¿Ah?

—Sí, hija, sí. Se ha instalado un timbre de ejecutivo, uno de esos tipo semáforo. Tú llamas y esperas a que se encienda la luz. Si es la verde, puedes entrar, si la respuesta es luz amarilla, debes esperar a que se ponga verde. Pero si cuando llegas te encuentras la luz encendida en rojo, ni se te ocurra llamar; vuelve más tarde, tantas veces como sea necesario hasta encontrarla apagada.

—¿Y si es algo urgente?

—Aquí ya no hay más urgencias que las tuyas.

—¿Qué me dices? Pues es normal que no simpatizara con Manuel.

—Ni Manuel con él.

—Bueno, sí, eso quería decir, que es una diferencia como del cielo a la tierra.

—Duraron juntos hora y media.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Tras la primera sesión clínica, cuando aún ni siquiera era jefe de nada, pero ya creaba tensión con su mera presencia, Manuel se encerró con él en el despacho. No sabemos lo que se dijeron, pero media hora después Manuel salía sin bata, con la gabardina y su maletín en la mano, subió la escalera a zancadas, se sabe que fue al despacho del gerente, luego pasó por personal, bajó, y se despidió de nosotros. Después subió Jesús y al bajar ocupó el despacho de Manuel sin más explicaciones.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo.

—Pero algo os dirían el uno y el otro.

—Según a lo que se llame «decir algo». El uno, cuando al despedirse le preguntamos si tenía pensado adónde ir, contestó que a cultivar orquídeas. El otro nos reunió para comunicarnos que a partir de ahora él ocupaba el puesto de jefe de sección, que no le hiciéramos preguntas porque eso era todo lo que nos interesaba saber, que en adelante las preguntas las hacía él y que nosotros sí estábamos obligados a contestarle. No mucho tiempo después pintaron su despacho, cambiaron la placa de JEFE DE SECCIÓN por la de JEFE DE SERVICIO, apareció el timbre-semáforo que nos hizo perder toda esperanza de vuelta a la normalidad.

Marta quedó sin habla, sin saber qué hacer. Anonadada, aturdida e incrédula se levantó de la silla y empezó a dar vueltas sin sentido hasta que Fina le recordó que fuera la esperaban pacientes y que no estaban las cosas para arriesgarse a que alguno de ellos pusiera una queja contra ella.

—Aprovecha que tú hoy todavía no tienes pacientes citados para situarte y digerir los cambios, pero ¡cuidado, mucho cuidado! —le recomendó alzando el dedo índice.

La leyenda de Orchis

—¿No decías que te gustaban los cuentos con final abierto?

—Sí, mujer, pero no de par en par. Esto no es un final abierto, es una historia inconclusa, que no es lo mismo —contestó Marta y se marchó meditabunda, intentando descifrarse a sí misma.

Durante las primeras semanas de su enfermedad recibió muchos regalos y atenciones. Incluso de su ex marido y su hijo. Creyó asumir entonces las teorías de Alicia. ¿Qué más daba que su ex marido hubiese cambiado o estuviera asustado? No cabe duda de que un desenlace fatal habría complicado mucho la vida de ese hombre y de ese niño. Pero ¿para qué averiguar el trasfondo, los límites entre interés y generosidad, tan permeables en ocasiones? ¿Qué importan? Mejor aceptar las atenciones y disfrutar el momento. ¿Qué diferencia había entre semejante actitud y las teorías de Liliana y Alicia?

¡Ay, Alicia, siempre Alicia! Había deseado volver a su trabajo para abordar su caso tras esa experiencia suya y, ¡zas!, ahora que se creía capaz de entenderla mejor, ya no había caso. Ni paciente, ni compañero. Ambos desaparecidos.

—¿Alicia Berenguer? Ya no trabaja aquí.

—¿No?

—Pues no. Y créame que lo siento. Es la mejor empleada que he tenido. Con sus compañeras no se llevaba muy bien, pero a mí me hacía un papel como ninguna.

—¿Y la dejó usted escapar?

—No me dio opciones, ninguna opción, ni la de opinar siquiera.

—¿Tan buena era la oferta de la competencia?

—¡Ojalá! De haber sido ese el problema, ya habría yo elevado la mía. Pero

no. Me dijo que se iba y no hubo forma, no ya de hacerla cambiar de opinión, ni siquiera de razonar.

—¿Y no le dijo adónde se iba?

—¡Ja! Disculpe, pese a mi enojo, no puedo evitar reírme. ¿Sabe cuál fue su última palabra cuando, ya rendido, le pregunté en qué nuevo trabajo debía desearle suerte? Me dijo que se iba a cultivar orquídeas. Oiga, oiga, ¿está usted ahí? Se ha cortado.

No, no se había cortado. Solo que Marta quedó anonada. No supo qué más decir. El auricular se le cayó de las manos, y desde entonces resuena en sus oídos el «se fue a cultivar orquídeas». ¡Santo cielo! ¿Qué está pasando aquí? Manuel se despide para cultivar orquídeas y Alicia Berenguer también. ¿Sería alguna frase hecha cuyo significado ignora? De Manuel, tan viajado, tan leído y tan rarito se puede esperar una despedida enigmática y un tanto extravagante, pero que coincida con la de Alicia, eso ya es muy extraño. Aquí hay gato encerrado, pensó y sigue pensando desde entonces.

Ahora Liliana le habla de un cuento con final abierto y le aconseja olvidarse de ambos. No. En lugar de eso, Marta entra en una librería y compra un libro sobre el significado de las flores que la confunde más aún. La traducción del término orquídea es «testículo». ¿Querrá esto decir que se fueron por c...? ¡Qué absurdo! Esto como mucho lo sabría Manuel, pero ¡Alicia! Alicia es cabezota, puede irse por lo mismo, pero no es tan culta para saber que orquídea significa «testículo». Marta sigue leyendo: «Símbolo de atracción sexual, de pasión incontenible, dotada de poderes afrodisíacos. Flor de origen divino para los aztecas, fragante “lan” para los chinos, la gran bruja para la Iglesia católica durante la Edad Media». El rompecabezas, lejos de ir encajando, se va complicando, más y más. ¿Todo eso significa una orquídea? ¿Cómo interpretarlo en el caso que nos ocupa?

A punto estaba de tirar la toalla cuando el portero le subió una carta urgente. El deterioro del sobre, visiblemente afectado por la intensa lluvia, no permitía leer bien el remite. Lo abrió intrigada y de su interior cayó un pétalo. ¡Vaya, sigue el misterio floral!, exclamó en voz alta mientras desplegaba el folio. Enseguida reconoció la pulcra caligrafía de Manuel.

Querida amiga:

Te supongo a punto de retomar tu trabajo. Lo contrario sería una mala señal, significaría que has recaído de tu dolencia.

Cuando vuelvas al hospital, no me encontrarás, te dirán que me he ido a cultivar orquídeas, te extrañará y no entenderás. Buscarás a Alicia. Tampoco la encontrarás. Te será difícil asimilar los cambios y, sobre todo, intentarás descifrar en vano lo que para ti será «el enigma de las orquídeas».

Como diría Liliana: «No te comas el tarro». No hay tal enigma; estoy cultivando orquídeas y Alicia también.

Nunca te lo conté, pero entre mis «aficiones raras», como tú las llamabas, está mi pasión por las orquídeas. Es un mundo fantástico que descubrí durante mi estancia en Perú. A los pocos días de mi llegada, podría decirse que apenas hechas las presentaciones, mis colegas me llevaron de excursión al Parque Nacional del Machu Pichu. Ya sabes, visita obligada. El paraje es impresionante, lo normal es reparar en cualquier otro aspecto, y no digo que yo no lo apreciara, pero, cómo solías decirme, soy raro, ¡qué se le va a hacer! Contrariamente a lo previsto, lo que más me deslumbró fue la belleza de esa flor silvestre. Un flechazo. Mis colegas se reían de mí. Con la etimología de la palabra, ¡imagínate la de bromas que admite el tema de los «testículos»! No las entendía todas, en parte por los localismos y en parte porque aún no conocía la historia de Orchis. Como vosotras, aunque estáis cambiando, todavía tenéis una sensibilidad y perspicacia superior, fue la mujer de uno de mis compañeros quien se percató de ello y me la contó:

«Orchis, hijo libidinoso de una ninfa y un fauno, quien durante la fiesta en honor al dios Baco bebió demasiado y en su estado de ebriedad sedujo y violó nada menos que a una sacerdotisa. Los dioses, tan caritativos ellos, le condenaron a morir devorado por las fieras. Pero sus padres, profundamente afligidos, suplicaron por su hijo hasta que aquellos accedieron a devolverle la vida con una condición: Orchis, en su futura vida, debía proporcionar satisfacción y deleite a los hombres. Así, tras una muerte violenta, el desafortunado Orchis renació como una bella flor, la orquídea. De ahí el atribuirle poderes afrodisíacos. Bueno, sobre el final de la historia hay distintas versiones. Esta es la más extendida, pero también se dice que los dioses no resucitaron sino hicieron brotar una orquídea de los testículos de Orchis.

Por eso los griegos creyeron que comiéndose las flores despertaban en su interior los poderes eróticos del difunto Orchis. Eso explica también la posterior represión por la Iglesia católica de esa flor eterna y codiciada. Pese a ello algunos cazaorquídeas fueron capaces de arrasar bosques enteros en su afán de encontrar la única muestra de una especie de las treinta mil variedades».

¿Qué me dices? ¿No te parece delicioso el cuento? A mí me fascinó. A partir de aquel día, todas mis excursiones por Perú obedecieron a una guía interior en busca de nuevas variedades de orquídeas. Conocí a otros aficionados, uno de ellos lo encontré en el propio hospital. Nos hicimos amigos. Me llevó a su casa y me dejó entrar en su santuario: una veranda que le servía de invernadero. «Este es mi pequeño paraíso», dijo y, en vista de que yo no encontraba palabras para contestar, añadió: «Esto relaja más que

todas las terapias que prescribimos». Me prestó un libro y me invitó a pasarme ahí todos los fines de semana que quisiera y pudiera. Ahí empezó mi pasión por el cultivo de las orquídeas y mi escepticismo por la profesión.

Tengo mi pequeño vivero en el que disfruto enfrentándome al reto de conseguir que mis plantas vuelvan a florecer, y que año tras año se superen en belleza y perfección.

¿Recuerdas que un día, uno de tantos en que rechacé alguna invitación, entre bromas y veras me acusaste de guardar un secreto? Pues este era mi secreto y este el motivo por el que casi nunca me quedé a tomarme algo con vosotras. En cierto modo lamento no haberlo compartido contigo, pues sabes, o deberías saber, el mucho aprecio que te tengo. Pero el ambiente del hospital no invitaba a ello. En algún momento, tus tribulaciones a propósito de Alicia me enternecieron hasta tentarme, pero luego miraba a mi alrededor y me decía: «¡Cuidado, Manuel, piénsatelo antes de cruzar el Orinoco! ¿Y si no te responde, si no es tan distinta del resto como crees?». Prefería mantener mi paraíso intacto y vivir mi doble vida sin interferencias. Y eso que entonces aún no sabía cuánto iba a necesitar ese asidero.

Cuando desembarcó Jesús en el hospital, supe que era el momento de abandonarlo yo. Como estabas malita y con prohibición facultativa de contarte nada sobre el trabajo, no pude despedirme de ti. Los demás no me importaban. Sabía que no entenderían mi respuesta, pero como en ocasiones la verdad es lo menos creíble, cuando me preguntaron «¿qué vas a hacer ahora?» contesté escuetamente «cultivar orquídeas». En ese momento sí me habría tomado un café contigo para explicártelo, pero no estabas. Por eso lo hago ahora con esta carta, porque sé que tú, además de extrañarte, te entristecerás al volver al hospital.

Mi vanidad me hace creer que desearías encontrarme a tu vuelta, que me echarás en falta. Si es así, al dorso encontrarás mis señas y número de teléfono. Llámame si quieres y seguimos charlando.

Un fuerte y cálido abrazo,

MANUEL

Sorpresas

¡Caramba! Manuel Hernández, mi jefe de sección, el atractivo y enigmático Manuel Hernández metido a floricultor. Esto sí que es una sorpresa. Y esa explicación tan prolija acerca de las orquídeas para decirme que me aprecia... ¡Con la de veces que ha rechazado tomarse un café conmigo! Marta estaba emocionada, confusa, intrigada e incluso contrariada. A Alicia Berenguer se la menciona de pasada, pero esta carta no aclara nada acerca de ella. Bueno, ¿y por qué tendría que hacerlo? Es una carta de despedida como colega dejando la puerta abierta a la amistad. ¿Solo a la amistad? A Marta le gustaba la idea de que ese «los demás no me importaban» significara algo más que un aprecio amistoso. Desde el mismo día en que Manuel tomó posesión de su cargo se había sentido atraída e intimidada por él. Atraída por su saber, su cultura, sus modales, su suavidad de trato. Manuel cuidaba y medía las palabras incluso para llamar la atención o corregir a alguien, sabía elegir el tono y el momento adecuado, jamás una palabra o gesto desagradable con nadie; siempre convenciendo, nunca imponiendo su criterio, puso orden en un servicio un tanto abandonado. Intimidada por el halo de misterio que rodeaba su vida, celosamente separada de la profesional, por su hermetismo, por la forma en que rechazaba sus invitaciones. Y ahora esta carta, confiándole el secreto de las orquídeas. ¿Debía interpretarlo como una primera señal de acercamiento, como la luz verde encendida una vez que ya no serán colegas?

¿Para qué seguir cavilando? Si el misterioso Manuel le ofrece señas y teléfono es para usarlo. No lo pensó más. Se levantó, llamó y, tras los saludos de rigor, sin alargar la conversación, quedó con él para tomar un café esa misma tarde.

—¿Qué, sorprendida?

—Pues francamente sí. Desde mi regreso al hospital, cada paso es una sorpresa. Quiero decir...

—Lo siento, siento de veras no haber llegado a tiempo con la carta. No sé cómo pude equivocarme en los cálculos.

—No te equivocaste. Fui yo quien se incorporó unos días antes de lo previsto.

—En cualquier caso, ten mucho cuidado con Jesús, es un mal bicho...

—Ya, ya. —Marta ya no podía contenerse—. Mira, lo de Jesús no me interesa todavía, ya hablaremos de eso. Y no me mires así. Ya sé que va en serio, Fina, Alicia, todas me lo han advertido, pero de momento lo que me obsesiona es saber qué pasó con Alicia. Tú te quedaste con el caso cuando yo enfermé, algo sabrás. Por lo menos me podrás decir cuándo dejé de acudir a terapia, si te dio alguna explicación... qué sé yo. Por muy ogro que sea Jesús, no veo por qué me lo ocultan mis compañeras.

—Es que, insisto, Jesús es un mal bicho, es comprensible que nadie quiera arriesgarse.

—¿Arriesgarse a qué?

—Bueno, Alicia desapareció tras mantener una conversación con él. A la vista de cómo actúa, prefieren no investigar más y tampoco me extraña que teman y te desaconsejen que lo hagas tú.

—Pero tú sabes algo. Al menos cuéntame cómo siguió el tratamiento contigo, cómo evolucionó desde que yo enfermé hasta que apareció Jesús. ¿Conseguiste algún avance?

—Vaya, ¡y yo que me había hecho ilusiones! ¡Lo contento que me puse cuando, nada más recibir mi carta, me llamaste para quedar! Lástima que solo sea para pedirme cuentas de un caso profesional. ¡Qué mala suerte la mía!

Tras un silencio desconcertante, Marta abandonó su tono inquisitorial, tomó la mano de Manuel y dijo:

—De acuerdo, me has desarmado. Pero yo sé que solo es un truco. Manuel, a mí tu carta me ha emocionado mucho y, aunque ahora no te lo parezca, tengo mucho interés en averiguar su alcance. ¿Quieres que te recuerde cuántas invitaciones mías cayeron en saco roto? Bueno, tampoco podría porque no llevo la cuenta... Pero hablemos en serio. Las cosas por su orden. Soy incapaz de avanzar ni en el hospital ni en mi amistad contigo si no averiguo antes qué paso con Alicia. Y tú lo sabes. ¿Por qué te haces de rogar? ¿Por qué no me cuentas lo que sabes, aunque no sea todo? ¿Acaso temes que eso pueda estropear tus planes de acercamiento? ¿Has hecho algo que me pueda decepcionar?

—Puede, puede que hayas dado en el clavo. Pero también intento protegerte. Tus amigas, que te conocen mejor que yo, y, sobre todo, el médico

que te trató aconsejaron distanciamiento y despreocupación del caso de Alicia Berenguer. Dicho de un modo más crudo, se estimó que en el trasfondo de tu grave percance de salud estaba la obsesión por Alicia. Se convino que había que ayudarte a olvidar.

—Y tú ¿estuviste de acuerdo con esas prescripciones?

—No, o al menos no del todo, pero no me consideré quien para intervenir.

—Muy bien, muy bien, agradezco tu prudencia protectora, pero el médico ya me dio el alta. Ya he pisado el hospital, me he enterado de los cambios. Ahora creo que el silencio me está haciendo más daño que bien. Para colmo, esa coincidencia entre la absurda respuesta del jefe de Alicia y toda tu retahíla sobre las orquídeas. Ya está bien de intrigas, Manuel. Te lo pido por favor, y te prometo que si tu actuación no me gusta, seré comprensiva.

—Está bien. Si te parece, cenamos juntos y te cuento. Después tú decides si te conformas con lo que yo sé o si quieres seguir investigando.

—De acuerdo, invito yo.

—Ni hablar, parecería un chantaje.

Y quedaron para la noche en un restaurante simpático y tranquilo, nada ruidoso, uno de los pocos aptos para una charla sosegada.

Tras los elogios mutuos, «qué guapa», «qué elegante», etcétera, y el aperitivo, Marta decidió no perder más tiempo en preámbulos y desenfundó la primera de las muchas preguntas que se había preparado.

—Bueno, empecemos por el principio. ¿Por qué aceptaste voluntariamente el caso cuando se planteó que yo necesitaba apoyo?

—No es por llevarte la contraria, pero yo tenía previsto empezar por el final, por la respuesta del jefe de Alicia.

—¡Ah! Pues tú dirás.

—Alicia, efectivamente, está cultivando orquídeas. Trabaja en mi vivero.

—¿Qué me dices? ¿Desde cuándo? O sea, que tu carta era, en cierto modo, un preámbulo a la explicación que me debes, mejor dicho, que te pido. En verdad, deberme, lo que se dice deberme, no me debes nada. Cuenta, cuenta, soy toda oídos.

—Desde el primer día en que hablé contigo sobre el caso de Alicia Berenguer y me leí su expediente, supe que la solución no estaba en el hospital.

—No dijiste nada.

—No, claro. Todo tiene un límite, incluso mi heterodoxia. Mientras fue tu

caso, yo no podía pronunciarme en ese sentido, ni siquiera como terapeuta de apoyo. Pero cuando, al enfermar tú, quedó a mi exclusivo cargo, entonces sí corrí el riesgo de saltarme las normas, invitarla a un café, hablarle de las orquídeas y preguntarle si no le gustaría visitar mi vivero.

—¡Alto ahí! ¿La orquídea tan espectacular que recibió Alicia, muy parecida por cierto a la que yo recibí al caer enferma, era de tu vivero? ¿La enviaste tú?

—Sí, pero con otra intención. En aquel momento lo que me interesaba era comparar su reacción frente a un regalo real con los de sus fantasías.

—No me dijiste nada, pese a que teóricamente trabajábamos en equipo. O eso creía. —Marta tuerce el gesto.

—Te lo iba a explicar, pero ese mismo día te marchaste a casa tiritando de fiebre. No me mires así; si quieres, volvemos luego sobre este punto, pero, si te parece, prefiero seguir con el relato de los hechos.

»Alicia aceptó la invitación y yo, convencido del poder curativo del cultivo de orquídeas, la repetí unas cuantas veces más, alternando las sesiones del hospital con las del vivero. Poco a poco fue adquiriendo confianza en sí misma, y el día en que le enseñé una maceta idéntica a la que ella había recibido, no manifestó la menor extrañeza. Dijo con absoluta naturalidad: «Es igual que la mía». «Sí, tengo una igual», dijo sin presumir, ni mencionar siquiera su procedencia. El señor de Madrid fue desapareciendo de nuestras conversaciones en el vivero, y hasta habría creído que de su vida, de no ser porque en el hospital su actitud seguía siendo la misma de siempre. En las sesiones de terapia nada había cambiado. Absolutamente nada. El mismo hermetismo, las mismas fantasías. Curioso, ¿no? A una paciente mía, o a cualquier otra tuya, le habría dado el alta. Pero tratándose de un caso que se había comentado varias veces en sesión clínica, no quería dar la razón, ni que así se interpretara, a quienes dudaron de tu capacidad para resolverlo. Decidí esperar tu vuelta para comentártelo y someter a tu criterio la decisión. Pero tu «gripe», en realidad pulmonía, se complicó. Tu convalecencia se alargó más de lo previsto y el desembarco de Jesús aceleró las cosas. Me marché, y para no dejar el caso a expensas de lo que ese bestia dispusiera, le di un alta precipitada, sin comentar nada con nadie y seguí citándola en el vivero. Fue un alivio también para el resto de esos compañeros. Sabes que ya no contabas con muchos apoyos para seguir tratando a esa chica, pero con el mal ambiente creado instantáneamente con la llegada de Jesús, nadie quería problemas, y les

vino muy bien que me marchara liberándoles de ese caso, aunque fuese a mi manera.

—¿No exageras?

—No, me quedo corto.

—Bueno, luego hablamos de Jesús. Ahora dime: ¿cómo reaccionó Alicia? ¿Qué le dijiste para darle el alta? ¿Se creyó curada? ¿Cómo fue?

—El de esa chica es un caso curioso. Conmigo, fuera de la consulta tenía una actitud completamente normal, pero en el hospital era igual que contigo: hermética, sin ganas de hablar y sosteniendo la historia del señor de Madrid hasta el final. No podía decirle que estaba curada. Simplemente le pregunté si le encontraba algún sentido a la terapia. Me dijo que no. Le pregunté si le parecía bien que le diese el alta, me contestó que sí. Y eso fue todo.

—¿Eso fue todo?

—Bueno, eso fue todo en ese momento. ¡Ah! No, espera, se me olvidaba, antes tuvo otra de sus rarezas. Primero me dijo que si le aceptaba una invitación, me contestaría. Y ante mi estupefacción precisó: «Quiero que se tome una copa de ron conmigo».

—¡Ah! ¡Genial! Tú también fuiste sometido al test del ron. —Marta rió de buena gana.

—Ni idea, no sé qué es eso del test del ron. La acompañé a una cafetería cercana al hospital, un poco más elegante y menos frecuentada por personal sanitario que la de la esquina. Pidió dos copas de ron, «del mejor ron añejo que tenga», se puso cómoda y al segundo sorbo, tras observarme de arriba abajo, me dijo: «Sí, creo que ya es hora de que me dé el alta». Se la di allí mismo, ya habrás comprobado que no consta en su expediente, no la formalicé por si se arrepentía y quería volver. Al despedirnos solo preguntó: «¿Estará usted en el vivero mañana por la tarde?». Asentí y ella acudió. Estuvimos jardineando un rato, con absoluta naturalidad, como si nos hubiésemos conocido en una reunión de floricultores. La verdad es que tiene muy buen gusto y buena mano para las flores.

—¿Y luego?

—Luego, yo aguanté un poco más en el hospital, hasta la siguiente sesión clínica. Al marcharme, me refugié en mi vivero. Decidí tomármelo en serio. Al menos durante una temporada, mientras me replanteo la situación con calma. Tenía muchos encargos que no podía atender mientras solo era un

hobby, pero al encontrarme con tiempo libre y clientes potenciales, decidí convertir mi pasatiempo en un pequeño negocio y ganarme la vida con ello.

—¿Y empleaste a Alicia?

—Sí, se ofreció ella. Estaba harta de sus compañeras de trabajo y el negocio de las orquídeas le resultaba atractivo. La verdad es que es una chica muy competente. No me extraña que su jefe la presionara tanto. Tampoco me extrañaría que en sus desavenencias con las compañeras hubiera un componente de envidia real que ella adornaba con sus fantasías de regalos y demás, ni que el señor de Madrid real fuera su jefe.

—¿Eso crees?

—Es una hipótesis.

—Un tanto extravagante y aventurada, ¿no? Que el hombre insistiera en retenerla siendo tan buena empleada, como tú mismo dices, me parece de lo más normal.

—Todo es opinable, pero a mí no me lo parece tanto. Se llevaba bien con su jefe, mal con las compañeras, el jefe es el que se ha interesado por su terapia, los regalos desaparecen de sus fantasías cuando sale de la empresa, fuera de la consulta se comporta normalmente. Bueno, no me hagas caso, si no quieres. Mi olfato me dice que van por ahí los tiros, pero yo no soy detective. Me da igual que fuera él u otro. Alicia Berenguer, en el momento actual y hasta donde yo sé, vive y se comporta de ese modo que llamamos «normal».

Un largo silencio. Marta intenta reponerse saboreando el vino. Manuel alarga la mano por encima del mantel para alcanzar la de Marta, y con mirada tierna y voz suave pregunta:

—¿Satisfecha tu curiosidad? —Y añade en un susurro—: Aunque no sea de Madrid, ¿puedo aspirar a ser tu señor de...? El señor de las orquídeas, ¿eh?

Marta sonrío, le devuelve un gesto de ternura, pero antes de abandonarse a la ensoñación placentera, se rearma para una última batería de preguntas:

—Aún no has contestado a mi pregunta del principio: ¿por qué te ofreciste voluntario? Y ¿por qué te interesó el caso? ¿Por qué me apoyaste cuando los demás ya estaban hartos y votaban por emplear el dinero público en alguien que lo aprovecharse mejor? ¿Fue por mí o por ella?

—Fue por mí.

—¿Qué quieres decir?

—Algo de lo que no me siento orgulloso, pero quien más quien menos tiene alguna mancha en el currículum.

Manuel hace una pausa, respira hondo y se dispone a abordar el último y para él más difícil ejercicio de esta oposición a «señor de».

—Verás, yo no suelo emborracharme, pero en dos o tres ocasiones de mi vida sí he bebido de más. Una de ellas fue a mi regreso a España. Mis amigos de infancia me esperaban en Barajas e insistieron en que me quedara unos días con ellos antes de instalarme definitivamente. Salimos a eso que se llama «de juerga». Comimos, bebimos, dijimos tonterías y, finalmente, recalamos en el Casino de Torreldones. Al rato de estar ahí echando moneditas y haciendo el tonto, una chica sufrió un ataque epiléptico. Pidieron un médico, y pese a que no estaba en condiciones de atender a nadie, el juramento hipocrático tampoco me permitía escaquearme. Me identifiqué como neurólogo, le presté los primeros auxilios y mandé pedir una ambulancia y trasladarla al hospital. Tuve la impresión de que la acompañaba un señor que ese sí se escaqueó, pero no estaba en condiciones de intervenir, de desenmascararlo. Me pareció el típico casado echando una canita al aire que huía ante semejante contratiempo, más asustado por si le descubrían que por lo que pudiera pasar con esa pobre muchacha. Siempre ha pesado sobre mi conciencia el no haber estado lo suficientemente sobrio para intervenir con más certeza de manera enérgica y obligar a aquel individuo a hacerse cargo de esa muchacha. Bueno, obligar no sé si se puede no siendo autoridad competente, pero intentarlo al menos, presionar, qué sé yo, algo más de lo que hice. Me amargó la noche y los días siguientes, pero ya sabes cómo es esto, uno tampoco se va a torturar toda la vida por errores cometidos.

—Pero lo que cuentas se parece tanto a... ¿No me irás a decir que fue Alicia? ¿Que todo lo que has hecho por ella ha sido por aliviar tu mala conciencia y reparar tu falta?

—No. Lo segundo sí es posible. En la primera sesión clínica en la que se trató el caso de Alicia me encontré de pronto en Torreldones. Sinceramente, me impresionó.

—No es para menos. Pero ¿no era ella?

—No, no era ella. Sin embargo era todo tan parecido que sonaba a *déjà vu*.

—Pero ¿tú estás seguro? ¿Has comprobado fechas? Si estabas tan borracho y encima has querido olvidar...

—¡Eh, no tan deprisa compañera! Había bebido más de la cuenta para la praxis médica y para evitar meterme en líos de los que no habría salido airoso, pero no estaba borracho como una cuba. Sin embargo, la similitud del

caso me obligaba moralmente, me brindaba la ocasión de redimir mi falta. No es tan difícil de entender.

—No, no, difícil de entender no es, pero sorprendente sí. ¿Estás seguro de que no era ella?

—Lo estoy, pero mientras no lo estés tú, no habrá nada que hacer. —Manuel suspiró con tristeza.

Permanecieron un rato en silencio. Marta con la cabeza gacha y juntando las miguitas de pan sobre el mantel con el cuchillo de postre, Manuel removiendo el resto del café, sin saber qué decir y, lo que es peor, qué pensar. De pronto Marta alzó el brazo e hizo señas al camarero. Manuel, creyendo que iba a pedir la cuenta para marcharse, decepcionada, hizo ademán de echar mano a la cartera. Ella se la agarró en señal de protesta y, dirigiéndose al camarero, dijo:

—Por favor, dos copas de ron añejo, del mejor que tenga, si puede ser ron Pompero.

Manuel, que ya se había conformado con aceptar calabazas, quedó desconcertado.

—Pues sí, señor de las orquídeas. Y si no lo entiende, pregúntele mañana a su empleada.

Explicaciones

A la mañana siguiente, Marta acudió al hospital más temprano de lo habitual. Sabía que su amiga Fina solía ir antes de la hora de entrada. En realidad lo hacía por motivos de organización doméstica, pero, según decía, le venía muy bien para ordenar expedientes, reflexionar y establecer su lista de prioridades diaria. Marta quería encontrarla antes de iniciar la consulta.

—Me lo he pensado bien —dijo—, voy a dejar el hospital.

—¿Te lo has pensado bien? —repitió Fina incrédula—. Dices que te lo has pensado bien, pero ¿cuándo? ¡Si ayer aún hablábamos de un frente común para aguantar a Jesús sin perecer en el intento!

—Esta noche. Como solía decir mi madre, lo consulté con la almohada.

—¡Pues vaya almohada eficaz la tuya! A la primera consulta, ya te da la solución. Y encima sin ojeras porque, en honor a la verdad, tienes hoy un aspecto envidiable. Vamos, que para haberte pasado la noche cavilando ni se te han pegado las sábanas como de costumbre y estás más guapa que otros días.

—Gracias por el cumplido.

—Déjate de bobadas, que no tenemos toda la mañana para chácharas. Cuéntame. ¿Qué te ha pasado de ayer a hoy? O, para ir al grano, ¿qué hiciste al salir de aquí, con quién has hablado, qué te ha sucedido?

—Anoche cené con Manuel.

—¡Acabáramos! ¿Reapareció? Y qué, ¿te vas a cultivar orquídeas tú también?

—Pues sí, ¡bingo!

—No digas tonterías, mujer. ¿Qué rollo es ese de las orquídeas?

—No es ningún rollo.

—Marta, ¡por Dios, no seas chiquilla! Tú no eres Manuel, no puedes permitirte esas extravagancias.

—Que no, Fina, que no son extravagancias. Cené con Manuel, charlamos, sentí envidia por su firme determinación al dejar el hospital y,

momentáneamente, incluso su profesión. Horas después, saboreando una copa, decidí que las conductas que se envidian hay que emularlas. Se pueden envidiar rasgos físicos, aptitudes innatas, herencias, pero envidiar el valor de plantarse es absurdo. Renunciar a bienes materiales, honores y cosas así está al alcance de cualquiera que tenga voluntad de ello. Me dije: «Si de verdad lo deseas, hazlo».

—Literatura. Suena bien, incluso muy bien, te lo concedo. Pero la vida real no es así. Manuel puede tener unos medios de los que tú no dispones. Sin igualdad de condiciones, no cabe la igualdad de valoraciones.

—No creo que Manuel sea rico.

—Tampoco yo sé lo que tiene o deja de tener. Solo sé que la mayoría no puede permitirse el lujo de largarse porque el nuevo jefe no le gusta. Y mucho menos hacerlo con la displicencia de «me voy a cultivar orquídeas».

—Es que es verdad. Manuel está cultivando orquídeas.

—¿Quééé?

—Lo que oyes.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. Y digo yo, no será tan rico, no tendrá las espaldas tan cubiertas cuando recurre a la floricultura para poder tomarse un año sabático, o el tiempo que aguante, para reflexionar sobre el rumbo que quiere darle a su vida y a su profesión, ¿no te parece?

—Ni me parece, ni me deja de parecer. Simplemente no lo entiendo. Bueno, en su caso tampoco tengo por qué entenderlo. Pero tú, Marta... Tú siempre has sido muy sensata. Audaz, cabezota, puede que algo imprudente en ocasiones, pero sin salirte de la península ni sacar los pies del plato. En general, eres comedida.

—Demasiado. A lo mejor me he cansado de pretender la corrección y la sensatez. Igual ha llegado el momento de hacer alguna locura.

—No, bonita, no. Para locuras no es que haya llegado el momento, es que se nos pasó hace rato.

—Pues mira, ahora que lo dices, tal vez ahí resida el problema, en creer que la capacidad de transgresión tiene fecha de caducidad. Naturalmente, habría que ponerse de acuerdo sobre el término «locura», pero... dime, ¿por qué es más lícito cometerlas a los veinte que a los cincuenta?

—No me lo puedo creer. Es que te oigo y no te reconozco.

—Ya. Ya sé que en los últimos tiempos nos hemos distanciado mucho

ideológicamente. Mejor dicho, sé que soy yo quien, sin quererlo, se distancia. Es lo malo que tiene el adentrarse por otros caminos. Tomar conciencia de otras realidades, descubrir otros mundos tiene ese efecto colateral: te va alejando de aquellos que formaban parte de tus planteamientos anteriores. Lo siento, Fina, pero entre el caso de Alicia Berenguer, mis charlas con Manuel y los meses de reposo al que me obligaron mis pulmones, he ido...

—No sigas, no sigas, por favor. Alicia, ¡maldita Alicia! Prefiero no seguir. Perdóname, pierdo el control. Que esa mocosa malcriada te haya trastornado hasta ese punto y que dos insensatos como Liliana y Manuel te sigan la corriente es algo que me descompone. Sí, no pongas esa cara, ya sé que entre Liliana y Manuel media un mundo, que a otros efectos no podría meterlos en el mismo saco, pero en esto sí, en esto son, cada cual en su estilo y a su nivel, igual de insensatos.

—Vale, no te enfades. Y no les echés la culpa. Soy yo quien ha experimentado un cambio en su visión de las cosas. Alicia, Liliana, Manuel solo son detonantes. La necesidad de cambio es previa a ellos. Sin ella, poca influencia habrían tenido sobre mí. ¿No lo entiendes?

—No. Pero da igual. No emplearé más energías en intentar disuadirte. Pero luego, no me llores.

—Fina, por favor te lo pido, si no puedes entender mis razones, al menos acéptalas. He cambiado de planteamiento, tomo decisiones que no compartes, pero nada más. No te quiero menos por dejar el hospital.

—Ya, ya vale. Eres mayorcita. Y dentro de unos minutos yo sí tengo que empezar a ver pacientes como Dios manda. Hablaremos en otro momento.

Despedidas

Marta no esperó ese «otro momento» para presentar su solicitud de excedencia voluntaria. Al contrario, lo hizo inmediatamente para no dejarse asaetar por advertencias bienintencionadas del tipo «piénsatelo», «no tomes decisiones en caliente» o similares.

Pero ya se sabe cómo son estas cosas en los lugares de trabajo. Las noticias de este tipo corren incluso antes de producirse. «¿Te has enterado?» «Que Marta se va.» «¿Por qué, adónde?» «¿Le ha pasado algo con Jesús?» Y tras las preguntas, los juicios de valor sin el menor conocimiento de causa. Desde el «no, si veía venir» hasta el «nunca lo habría pensado» caben todas las afirmaciones pronunciadas con aplomo. La seguridad que infunde la osada ignorancia los vuelve a todos muy listos. Listos, listísimos, al más puro estilo periodístico-tertuliano. En momentos así, la máquina de café se convierte en la Agencia EFE de la que se nutren los distintos corrillos para elaborar sus versiones, a cual más disparatada.

Marta prefería no enterarse. Al bajar del departamento de recursos humanos, se encerró en su consulta, atendió a los pocos pacientes citados tras su reincorporación y se aplicó en dejar el trabajo lo mejor organizado para quien viniera a sustituirla. Tanto si el hospital cumplía con su obligación de cubrir la baja como si se optaba por repartir su trabajo entre los compañeros, quería dejarlo todo en orden. Se quedó hasta muy tarde y así evitó el impacto del primer día.

Naturalmente, en días venideros ya no tendría escapatoria. Los trámites de la excedencia estaban en curso, pero mientras el papel va y viene de una mesa a otra y se recaban todas las firmas, sin duda pasaría un tiempo en el que no podría permanecer oculta.

Y sí, tuvo que escuchar muchos consejos «por su bien». Escuchándolos cortésmente aunque sin el menor interés, le vino a la memoria el poema de Gioconda Belli «Siento que voy alejándome». Marta, al igual que ella, sentía que iba saliéndose «poco a poco de esta realidad de las mañanas y las

tardes». Cuanto más le decían, más interiorizaba las palabras de la poeta admirada. Lo que un día leyó y retuvo con entusiasmo hoy dejaba de ser literatura para convertirse en su propia vivencia. En efecto, «siento que me voy alejando» ya no eran palabras, era ella misma. Como en el poema, iba entrando en un mundo que se estaba construyendo con sus deseos y ansiedades. Sentía que las cosas reprimidas emergían con fuerza, empujándola a la incertidumbre, obligándola a asumir responsabilidades, dándose cuenta de que se quedaría sola, que se iba convirtiendo en un ser diferente. Como la poeta, estaba naciendo en un mundo desconocido, cuyas reglas y leyes debería descubrir y aprender. Y, lo más sorprendente, también a ella le parecía que precisamente ese mundo irreal al que se precipitaba era la verdadera realidad. Aunque todo su entorno pensara lo contrario y ella no supiera cómo explicárselo.

Solo Liliana la entendió. Quedó con ella para un café y hablaron largo y tendido. O por mejor decir, habló Marta largo y tendido. Más que un diálogo fue una reflexión en voz alta reafirmando en su decisión, adquiriendo valor para desoír las bienintencionadas recomendaciones de sus colegas, su amiga, su ex y su asistente, la más persistente.

—La buena de Eulalia, ya la conoces, tan pesada e imprescindible como una madre. ¿Te acuerdas de los calditos cuando estuve enferma? Pues la misma matraca para que no deje el hospital. Menos mal que apenas nos cruzamos. Sería muy difícil aguantar sus sermones toda la mañana.

Liliana escuchó atentamente durante largo rato, e incluso cuando Marta terminó su monólogo, guardó unos minutos de silencio antes de decir:

—¡Ojalá a mí me hubiera llegado la hora!

—¿La hora de qué?

—La del cambio, la de dar el salto. Cuando llegue no lo dudaré. Tú tampoco dudes, no te dejes influir.

—Miedo me dan las personas que no dudan.

—No digo eso. Tú me enseñaste a dudar, aunque el valor de la duda lo aprendí después yo sola. Las dudas son productivas y enriquecedoras, pero, como todo, tienen su momento. La duda te ha conducido hasta aquí, pero, llegada a este punto, debe ceder el mando a la decisión. La firmeza y el valor necesario para cruzar el Orinoco ya no admiten vacilaciones. Sigue tu camino y no hagas caso. Fina jamás lo entenderá.

—No le tienes mucha simpatía, ya sé.

—Pues no mucha, pero aunque se la tuviera. Lo que quiero decir es otra cosa. Mira, yo no tengo vuestros estudios, no me sé explicar como vosotras, pero lo intuyo, lo veo.

—¿Qué ves?

—Pues que para que haya una revolución se tienen que dar las condiciones, algo así como la fruta, que cae del árbol cuando madura, no antes, salvo que la tire un vendaval, claro. Eso es otra cosa, pero de su natural cae cuando está madura. Y si no se recoge, pues se pudre. Pero, antes, para que madure hay que cultivarla. ¿Te acuerdas de eso que me contabas un día, sí, eso que dicen los artistas, que para que les visite la musa tienen que estar trabajando? Pues eso.

—Eso ¿qué?

—Que tú te has preparado, te has cultivado y ahora o recoges la fruta o te pudres con ella. Tienes que llevar a cabo tu revolución personal sin hacer caso de Fina. No te entiende ni jamás se verá en tu situación porque, como ella no cultiva el huerto, no tendrá frutos que recoger, ni revoluciones que hacer, ni se enterara el día que la visiten las musas, que dudo que lo hagan. Puede que a mí tampoco, pero yo sí me preparo, por si acaso. No sé lo que sabéis vosotras, pero lo intento. Por seguir con el ejemplo del huerto, no soy agricultora, solo una aficionada al campo dominguera, por eso igual nunca obtengo una cosecha decente, pero lo intento. Y una cosa sí te digo: si finalmente lo consigo, si un día me encuentro con esas musas que me proporcionen un momento como el que tú vives ahora, no perderé ni un minuto escuchando a esa pandilla de ignorantes cultos que son tus colegas.

—¡Vaya!

—Ni vaya, ni nada. Tanta psicología, tanta psiquiatría, tanto aplicar tratamientos a los demás y luego ¿sabes lo que dicen? Unos que si te has enamorado de Manuel, otros que si eres vulnerable, capaz de desestabilizarte por un caso sin resolver, que si le tienes tanto miedo a Jesús que no sabes cómo afrontar los cambios y marujonadas parecidas. Tanto estudio para ser tan simples. Pues no, no creo yo que vayan a tener una crisis de crecimiento personal como la tuya o como la que yo deseo para mí. No les hagás caso, métele prisas a la del papeleo y márchate cuanto antes.

—Me sorprendes, Liliana, me sorprendes. Me sorprendes y te lo agradezco —dijo Marta visiblemente emocionada al abrazarla.

Se hizo tarde. Abandonaron la cafetería a toda prisa y se fueron, cada una a

su casa, es decir, emprendieron el camino en dirección opuesta. Al quedarse sola, Marta cayó en la cuenta de que eran precisamente los dos extremos quienes mejor la habían entendido. Por un lado, el más culto de todos, Manuel; por el otro, Liliana, la menos instruida de su entorno. Sin contar a Eulalia, claro.

Por cierto, otra que tal. Prácticamente analfabeta funcional, pero con más olfato que muchos políticos. Después de las últimas elecciones llegó a casa indignada porque otra de su barrio, más pobre aún que ella, había votado a la derecha.

—Mire usted, señorita, yo de política no entiendo, pero lo que sé es que los pobres no tenemos para pagar ni buenos colegios a nuestros hijos ni buenos médicos. Entonces está claro que hay que votar a los que están por la cosa pública, ¿no? Y a los que lo quieren privado, que les voten los que tienen para pagárselo, pero nosotros no. ¡Será zopenca, la Carmen!

Sí, el mismo sentido común que Liliana, al comparar mi situación con un huerto de manzanas... Marta sonrió al acostarse.

El camino

A Marta se le hizo eterno el tiempo transcurrido desde la solicitud hasta la concesión de la excedencia. Entre otros motivos porque, por las mismas razones que evitaba a sus colegas, no quiso acercarse a Manuel ni a su vivero antes de obtenerla. No quería influencias ni en un sentido ni en otro. Para pasar al siguiente capítulo, es conveniente concluir el primero, se decía. Pero en realidad no pasó tanto tiempo. Los intereses de Jesús en el hueco que ella dejaba jugaron a su favor y los papeles se tramitaron en un tiempo récord. Siguiendo la tradición le organizaron una gran despedida, con cena de compañeros y regalo incluido. No faltaron las bromas, los buenos deseos, incluso alguna que otra lagrimita.

Solo entonces llamó a Manuel para preguntarle cuándo podría visitar su vivero. Como era de esperar, la respuesta no la defraudó. Podía ir cuando quisiera, aunque Manuel se las ingenió para quedar con ella de manera que no coincidiera con Alicia. Quedó gratamente sorprendido al enterarse de que Marta había seguido sus pasos.

—¡Vaya, vaya! Y yo que creí que después de nuestra cena y copas de ron sucesivas, preferías no volver a verme.

—Y lo prefería, pero solo hasta llevar a cabo mis planes.

—¿Qué planes? ¿Qué tienes pensado ahora que has dejado el hospital?

—Bueno, he empleado mal el plural. Mi plan inicial era dejar el hospital. Ahora es cuando me los tengo que trazar en plural. Digamos que ya sé lo que no quiero y he dado el primer paso. El segundo depende de ti.

—¿De mí?

—Sí, me gustaría frecuentar tu vivero, que me enseñaras esas virtudes de las orquídeas de las que me hablabas en tu carta. Y me gustaría empezar cuanto antes. ¿Sabes?, si no hago bien las cosas, si todo sale mal, aunque decidiera volver atrás, mis ahorrillos no cubren los tres años de excedencia. Apenas me permiten unos meses sabáticos. Quiero aprovecharlos bien.

—Me parece muy sensato. Pero ¿estás segura de que mi vivero es el mejor

sitio para no perder el tiempo?

—Pues... no sé si me he expresado bien. No quiero dedicarme a la floricultura, ni mucho menos pretendo entrar a formar parte de tu negocio. Lo que me interesa es que me enseñes la relación entre las orquídeas y nuestra profesión. Decías en tu carta que un colega peruano te demostró que eran mejor remedio que nuestros tratamientos. Eso es lo que me interesa, los tratamientos poco ortodoxos y hasta extravagantes que tú aplicas con éxito.

—¿Con éxito?

—Bueno, has resuelto en unas semanas o pocos meses lo que no supimos resolver en el hospital...

—Ya, ya, no sigas. Alicia, otra vez Alicia. Te propongo un trato. Yo te enseño, si soy capaz, lo que tú dices querer aprender con una condición: que al menos mientras dure ese... llamémosle cursillo, dejes de lado el caso de Alicia Berenguer. Me gustaría decir «olvida» en lugar de «deja de lado», pero sé que es muy difícil ordenarle el olvido a la mente, y como no me gustan las promesas incumplidas, prefiero no ponerte en aprietos.

—¿Y después?

—Perdona la pedantería, pero te la mereces. Tanto si llegamos a un acuerdo como si no, ahí te va la primera lección: cruzaremos el puente cuando lleguemos al río, no antes. Las prisas no son buenas consejeras. Para lo que tú pretendes, lo importante es el camino, el recorrido, no la meta que no alcanzarás.

Marta aceptó el trato. Durante meses frecuentó el vivero sin encontrarse con Alicia, sin preguntar por ella y procurando no fijarse en Manuel más de la cuenta. Esto último no lo habían pactado, fue una imposición propia, él lo comprendió y ambos se atuvieron a esa regla tácitamente asumida.

Las «sesiones» en el vivero se complementaban con las de biblioteca. Antes de introducirla en los rudimentos de la filosofía hindú, le hizo leer a Rabindranath Tagore para que se fuera imbuyendo de su espíritu. Después intentó hacerle ver que el yoga es algo más que cuatro posturitas endemoniadas. Quiso que entendiera el yoga como la unión de Atman y Brahman que se resuelven en el *tat twam asi* (Eso eres tú).

—Eso eres tú. A partir de mañana leeremos un rato juntos —le dijo un día

enseñándole un ejemplar de los *Upanishads*—. Como puedes observar, los tengo muy leídos y subrayados, pero lo sigo leyendo. Las enseñanzas que encierra este libro nos ayudan a tomar conciencia de nuestro propio ser en relación con el Ser del universo.

—¿Crees que lo entenderé? Yo no soy tan erudita como tú.

—Ni falta que hace. El Atman no se alcanza a través de la erudición. Simplificando un poco: leer tratados de amor puede ser interesante e instructivo, pero a amar se llega amando, no leyendo. Puedes amar profundamente sin haber entendido todo lo que has leído acerca del amor. De igual manera, no necesitas entender todo lo que dicen los *Upanishads*, es suficiente con que sepas abrirte a su espíritu, la sabiduría india irá penetrando en ti y, ya verás, todo irá encajando.

Y así fue. Cuando Marta empezó a distinguir entre meditación y contemplación, Manuel introdujo en su plan de enseñanza sesiones de meditación. Más adelante leyeron a Nisargadatta Maharaj. Así, poco a poco Marta se fue liberando del sentimiento de culpa que le causó la duda metodológica en relación con los tratamientos empleados en el hospital, particularmente en el caso de Alicia Berenguer. La angustia entre los dos polos opuestos personificados en Fina y Liliana se fue desvaneciendo al interiorizar la idea de que la sabiduría no consiste en legitimar lo que ya se sabe, sino en averiguar cómo puede ser posible pensar de otro modo. Ese es el secreto de Manuel, se dijo el día en que cayó en la cuenta. Y una vez más, al pensar en sus amigas, murmuró: «Siento que me voy alejando».

Meses después

Marta se sentía muy a gusto, le habría encantado seguir profundizando en esas enseñanzas, pero la hipoteca, la pensión alimenticia de su hijo, Eulalia y sus propias necesidades básicas, pese a haberlas restringido, requerían que se pusiese a trabajar cuanto antes. Decidió abrir su propia consulta.

A Manuel le pareció prematuro.

—Lo sé. Sé que me falta mucho por aprender y no pienso dejar de hacerlo. Pero ahora mismo o me pongo a trabajar de cajera en el supermercado de la esquina, que necesita una, o retomo mi profesión. Creo que lo primero sería más alienante, me dejaría menos tiempo y energías para seguir formándome.

—Hum.

—Cuando dejé el hospital, dudaba entre renunciar a la profesión o ejercerla por mi cuenta. Entre aprender otro oficio y tomar un rumbo distinto de manera definitiva o trabajar una temporada de lo que fuere mientras me despejaba para volver más adelante con ilusiones renovadas. Ahora sé que quiero seguir en esto, pero de otro modo. Quiero poder enfocar los tratamientos sin imposiciones, saltándome los protocolos cuando así lo estime oportuno, complementando las enseñanzas básicas recibidas en la carrera con mi nueva visión de las cosas, con lo que aprendo aquí. Y sí estoy de acuerdo, me falta mucho todavía, lo ideal sería esperar, seguir asimilando, seguir llenándome, pero...

Manuel comprendió perfectamente la situación. Ni quería perder a su discípula ni quería ver fracasar a su amiga por la precipitación forzada.

—De acuerdo. Siendo así, ¿aceptarías mi ayuda?

—¿De qué se trata?

—¿Me aceptarías como socio?

Ni que decir tiene que llegaron rápidamente a un acuerdo. Montaron su propio gabinete. Manuel delegó la gestión del vivero en Alicia y se dedicó enteramente al apasionante proyecto de ejercer la psiquiatría con un enfoque humanista y holístico en compañía de una psicóloga clínica que compartía sus

ideas y con la que aspiraba a compartir en un futuro mucho más que ideas y trabajo.

Ese fue el primer día en que hablaron de Alicia. De y con, puesto que debían comunicarle los cambios. Se reunieron los tres.

—Alicia, ya conoces a Marta, ¿verdad?

Se saludaron cordial y serenamente, como dos viejas conocidas que se reencuentran al cabo de un tiempo. «¿Cómo estás? Muy bien. Me alegro de verte. Yo también. Tienes buen aspecto. Por favor, tutéame ya», etcétera. Después Manuel explicó sus planes, le ofreció a Alicia un puesto de trabajo a tiempo completo como encargada del vivero y ella aceptó. Brindaron los tres por el proyecto común y se despidieron amigablemente, sabedores de que tenían mucho trabajo por delante. Estaban obligados a formar buen equipo. Por un lado, el modesto pero selecto negocio de las orquídeas no podía fallar antes de que la consulta tuviera suficiente clientela y se lograra amortizar la inversión y los gastos de apertura. Por otro, si la consulta resultaba un fracaso, Manuel no podría mantener el puesto de trabajo de Alicia.

Al estar los tres igualmente motivados e interesados, transcurridos unos meses suspiraron aliviados al ver que las cosas estaban saliendo incluso mejor de lo previsto. El «boca a boca» funcionó y la consulta no tardó mucho en autofinanciarse. Alicia organizó muy bien las ventas de orquídeas y hasta encontró tiempo suficiente para echar una mano también en la consulta, ocupándose de la parte administrativa y la organización de las citas.

Todo se desarrollaba con absoluta armonía, salvo que Marta no podía evitar recordar al «señor de Madrid». Cada vez que se encontraba con Alicia, y ahora con mayor frecuencia, se preguntaba: ¿cómo pudo esfumarse, así, sin más, ese misterioso señor? ¿Cómo un delirio persistente desaparece por arte de magia? ¿Cómo una persona tan obstinada, tan poco receptiva a cualquier ayuda, con tantos problemas de relación pudo socializarse y normalizarse repentinamente? No formulaba sus preguntas por temor a «estropearlo todo». Intuía que esa curiosidad suya podría traer problemas, pero ni con la ayuda del hinduismo lograba vencerla. No, no, ahí ella se reconocía muy occidental, ahí no sentía que se estaba alejando. Al contrario, tanta normalidad solo conseguía acrecentar su intriga, que la meditación no resolvía.

Alicia seguía siendo una persona reservada, poco comunicativa, pero cordial y con buena disposición. Se la veía serena y muy satisfecha con su trabajo. Jamás mostró la menor hostilidad o animadversión hacia Marta, ni

mencionó los tiempos de la terapia en el hospital. Vivía completamente en el presente sin caer en las pequeñas trampitas que de cuando en cuando le tendía Marta elogiando sus medias, por ejemplo. Ni siquiera el día en que en su presencia comentaron el caso de un paciente ludópata arruinado en el Casino de Torrelodones. Nada. Ninguna reacción. Ninguna pista. Imposible saber lo que pensaba y sentía. Alicia vivía absolutamente en el presente. O eso aparenta, se decía Marta, quien no podía evitar la tentación de hurgar en ese pasado suyo y descifrar el enigma.

Don Fernando

Manuel, intuyendo lo que pasaba por la cabeza de su amiga, decidió salirle al paso antes de que el duelo soterrado entre las dos mujeres pudiera alterar el equilibrio logrado.

—Qué, a cual más cabezota, ¿no?

—¿De qué me hablas?

—De sobra lo sabes. Ni ella te lo va a contar ni tú vas a cejar en querer saber. ¿Me equivoco?

—No. Bueno, me gustaría que te equivocaras, que ella sí quisiera contarlo.

—Eso no va a ocurrir. La que va a tener que decidir entre dejar las cosas como están o no eres tú.

—Pues mira, será que el Atman ese y toda tu filosofía india no ha penetrado suficientemente en mí, pero no lo puedo evitar.

Manuel se levantó, se acercó al cajón de su escritorio y le tendió a Marta un recorte de periódico.

—Lee.

—«Una empleada denuncia al empresario don Fernando Balandín por acoso sexual...» ¡Madre mía! —exclama Marta interrumpiendo la lectura en voz alta—. No le conocí, nunca le había visto, solo hablé con él por teléfono el día en que llamé a su empresa preguntando por Alicia. No esperaba que se pusiera él personalmente. Tal vez por eso tuve una mejor impresión. La verdad, no pensé ni remotamente estar hablando con un cerdo. Tampoco a ti te hice mucho caso cuando insinuaste que las cosas podían ir por ahí. Oye, pero esta denuncia es reciente. ¿Qué sabías tú entonces?

—Saber, lo que se dice saber, nada. Pero, dime, a la vista de esto, ¿no crees que es mejor dejarlo ya?

—Al contrario, razón de más para averiguar y, si ha lugar, denunciar también.

—Eso, en todo caso, sería asunto de Alicia, no nuestro.

—Las denuncias por acoso, maltrato o pederastia son asunto de todos, no

solo de la víctima. El entorno es igualmente responsable. Si me apuras, más aún; precisamente por no ser los directamente afectados, estamos en mejores condiciones.

—Nosotros no somos...

—¿Cómo que no somos? Esa chica solo tiene a una tía mayor y enferma a la que seguramente no ha contado nada.

—Ni a nosotros tampoco.

—Pero somos los profesionales que la hemos tratado; podemos dar testimonio de los perjuicios que le ha causado. Claro que podemos. No solo podemos, debemos.

—¿Qué testimonio vamos a dar si ella lo niega todo? Por no mencionar la posibilidad de que apareciera un verdadero señor de Madrid.

—Pero si tú mismo...

—¡Alto! Yo tengo una hipótesis en la que creo bastante, y el escándalo entre este hombre, otra de sus empleadas y la mujer me reafirman en ella. Pero mis conjeturas no son pruebas judiciales. Podrían servir como testimonio a favor de Alicia si ella quisiera denunciar, pero no es el caso. Ni en el año y medio que estuvo tratándose contigo ni en todos estos meses de colaboración y amistad con nosotros fuera del ámbito hospitalario, ha desvelado nada. Y, sobre todo, repito, no tengo la menor prueba de estar en lo cierto. Mis conjeturas solo son eso, conjeturas. Me facultan, eso sí, para decidir, como médico, que ya no necesita tratamientos, pero no para denunciar a nadie y menos aún en contra de la voluntad de la supuestamente afectada.

—Y, como médico, ¿por qué crees que sigue sin referir nada de lo que le pasó?

—Porque no le da la gana y está en su derecho.

—Y, puesto que solo son conjeturas y tú mismo admites la posibilidad de no estar en lo cierto, si realmente estuvieras equivocado, ¿cómo saber que no volverá a tener delirios, que está definitivamente curada?

—Pues si me equivoco, será un error de diagnóstico. Pero mientras no ocurra nada que me haga cambiar de parecer, mi obligación es actuar en función de ese convencimiento. Estoy convencido de que está bien y creo, sinceramente, que desde el punto de vista psiquiátrico siempre lo estuvo.

—Ya. Si lo dices en ese tono, así será, doctor Hernández. En ese caso, si puede ser, le pediría que cuelgue la bata de médico y se ponga la gabardina de

detective. En serio, me fio de tu diagnóstico, pasemos pues a las conjeturas. ¿Qué crees que pasó?

—Mi película es la siguiente: don Fernando se la lleva a Madrid en viaje de trabajo y le pide que no diga nada a sus compañeras. Con el pretexto de evitar envidias, celos o habladurías, le sugiere que se invente ella un viaje familiar, que él le dará permiso. Ella accede, no viajan juntos. La señora de don Fernando, como siempre en estos casos, despide a su marido en la estación. En fin, todo con la mayor discreción e hipocresía habitual. Vamos, como de costumbre. Puede que inicialmente don Fernando no tuviera otro propósito con Alicia, que pensara divertirse en Madrid a su aire y puede que ya se hubiera fijado en ella. En cualquier caso, gracias a las excepcionales dotes como secretaria-intérprete de su empleada, consigue cerrar un trato en mejores condiciones de las esperadas. Agradecido y, sobre todo, eufórico tras firmar un contrato ventajoso, debidamente celebrado con las mejores viandas y deliciosos caldos, decide seguir festejándolo con Alicia. Le hace un bonito regalo y se la lleva al Casino de Torrelodones. Se lo está pasando de maravilla hasta que, de manera inesperada, su noche de triunfo y conquista se ve interrumpida por el percance de Alicia. Probablemente, si me permites un inciso combinando bata blanca y gabardina, la bebida, la tensión propia de arduas negociaciones, la emoción del éxito y la sorpresa del posterior acoso, más o menos disimulado por las circunstancias, o tal vez descarado, no lo sabemos, pudieron provocarle un shock hipovolémico. En ese momento, al caer inconsciente Alicia, don Fernando se percata de que su mujer le cree solo y trabajando duramente en Madrid. ¿Cómo iba a explicar su noche de juerga en el casino con una empleada? Se asusta y se desentiende de ella. Los del casino, con amplia experiencia en ese tipo de disimulos, colaboran y Alicia es atendida en urgencias. El cuadro, aparentemente mucho más grave de lo que finalmente resultó, obliga a derivarla al hospital que, según su documentación, le corresponde. Así llega a vosotros. Permanece hospitalizada el tiempo de observación necesario. Como los escáneres y demás pruebas no revelan ninguna lesión orgánica de importancia que justifique su desconcierto y desmemoria, le dan el alta hospitalaria remitiéndola a consultas externas.

»A partir de ahí, don Fernando se encarga de seguir manteniéndola en ese estado de confusión. Mejor dicho, se encarga de que parezca que sigue estando confusa.

—¿Cómo? Un poco retorcido el final de tu historia, ¿no crees?

—No tanto.

—Pues a mí no me encaja. A mí el principio de tu historia me parece verosímil. Ni lo creo ni lo dejo de creer, pero le concedo verosimilitud. Ahora, que don Fernando, ¿cómo has dicho?, que la haga pasar por loca o algo así me parece demasiado truculento. Y además, no le veo el sentido.

—Lo de la truculencia es cuestión de apreciaciones. Pero sentido lo tiene. Mira, don Fernando se encontró inesperadamente entre la espada y la pared. Ni podía asumir el escándalo ni podía desentenderse de ella definitivamente. Era su mejor empleada, cierto, pero la mayor preocupación de don Fernando era que Alicia podía recuperarse y contar lo ocurrido. Enterarse de que Alicia solo recordaba haber estado en el casino con un señor y que no conseguía acordarse de nada más le vino de perlas a don Fernando. Un traje a medida, vamos. No te quepa duda, la mejor manera de disimular lo ocurrido era aprovecharse de esa confusión inicial, seguirle la corriente en sus recuerdos trabucados, enviarle espléndidos regalos y alimentar el falso recuerdo, cuanto más mejor.

—Ya, pero las cosas que ella creía...

—O fingía creer.

—No te sigo.

—Mucho me temo que si en un principio él le siguió la corriente por miedo al escándalo, a partir de un momento dado, se invirtieran los papeles y fuera ella quien le siguiera la corriente a él.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ella, una vez superado el shock, recordó perfectamente lo ocurrido, solo que para entonces ya había entrado en su juego de seducción. Aceptó el papel de trastornada como tapadera a una relación que ni por su naturaleza ni por las circunstancias que concurrían podía salir a la luz.

—¿Qué dices? Cada vez lo retuerces más.

—Es que las relaciones humanas en general, y las sexuales en particular, son muy complejas y a veces hasta, como dices tú, «retorcidas».

—¿Me estás diciendo que Alicia fue la amante de don Fernando?

—Yo no lo expresaría así. Lo que yo creo es que el muy probable acoso inicial, enturbiado por el suceso del casino, derivó en una extraña relación cercana al sadomasoquismo. Creo que Alicia aceptó la dominación de don Fernando no tanto por motivos de superioridad laboral, sino más bien por atracción sexual morbosa, por curiosidad, por los placeres que él le iba

descubriendo. Por eso no quiere hablar. Porque sabe que fue una relación, en cierto modo, consentida, aunque no libre.

—¿Consentida, aunque no libre?

—Exacto, no pienso aburrirte con tratados filosóficos acerca de conceptos como independencia y libertad, pero desde tu punto de vista de psicóloga clínica es importante que captes la diferencia. Y si todo esto que a ti te suena a truculencias de cineasta aficionado lo hubieras sabido a su debido tiempo, habrías podido ayudar mucho a Alicia. Porque si bien no necesitaba atención médica, una buena psicóloga como tú podía haberla ayudado a no dejarse dominar más allá de sus propios deseos y a no sentirse culpable, a sentirse libre de contar o no contar lo que quisiera a quien quisiera, a no confundir prudencia para no estrellarse con vida clandestina. Esa era la ayuda que ella necesitaba, no la que le ofreció el hospital.

—Y suponiendo que tu historia fuera cierta, ¿cómo lo has sabido?

—Por lo mismo que tú no. Por lo mismo que en las sesiones clínicas os recomendaba lecturas de las que me decíais que no tenían nada que ver con la profesión. Por lo mismo que me teníais por raro y por lo mismo que, finalmente, has venido aquí a completar la formación que no recibimos en la carrera. Esa es la clave de todo. En la carrera nos dan un título. Un título que es punto de partida y no de llegada. Para acercarse a la complejidad de la mente y al comportamiento humano se necesita madurez, estudio, lecturas, vivencias, desnudez, mudar la piel unas cuantas veces. Me mirasteis como a un marciano cuando os propuse leer novelas y dedicar parte de las sesiones clínicas a comentarlas, ¿lo recuerdas? Se me ocurren unos cuantos títulos que, de haberlos leído, habrías podido llegar a las mismas conclusiones. ¡Con las horas que le has dedicado y las vueltas que le has dado al caso de Alicia Berenguer! Te has aplicado como nadie, te has obsesionado hasta enfermar, pero si no avanzaste más es precisamente por esos razonamientos circulares y reduccionistas. Fíjate, esta misma conversación que hoy escuchas atentamente, aunque no acabe de convencerte, en el hospital no la habríamos sostenido. Tú misma dices que el día que te lo insinué no me hiciste el menor caso. Ahora, al menos, lo consideras.

—Sí, te escucho y lo considero, pero imaginarme a Alicia en brazos de ese cerdo por su propia voluntad... ¿qué quieres que te diga?

—No te cierres. Relativiza un poco. Ni la voluntad era tan propia ni sabemos cuán cerdo era don Fernando.

—¿Acaso tú logras imaginar esa relación?

—Sin el menor problema. Alicia, una joven solitaria, desnortada, excelente trabajadora, inteligente, rodeada de mediocridad asfixiante... Gracias a la enfermedad de su tía, conoce primero París, donde se entera de que el mundo es algo más grande de lo que creía. Luego viaja a Madrid, y gente importante la halaga por su buen trabajo. Es lógico que se deje deslumbrar por un hombre de moralidad cuando menos dudosa, pero que, poco a poco, le descubre otro mundo. Medias, camisolas, fotografía erótica... El tío dosificó la relación a la perfección. Ella se fue dejando arrastrar por la curiosidad, por el cosquilleo, las sensaciones que debía de producirle la sorpresa continuada. Para él era un juego; para ella, una aventura vital inusitada cuyos peligros intuye, pero no por eso quiere renunciar. ¿No lo entiendes? Pues como las demás adicciones. ¿Acaso el que fuma aun a sabiendas de que se está envenenando lo hace libremente? Sí y no. Lo mismo le ha pasado a esta criatura. Y fíjate, yo no diría que haya «llegado a mayores», como suele decirse. Si tuviera que apostar, diría que no, que don Fernando se contentaba con jugar.

—¿Por qué crees eso?

—Por los dos. De una parte, por lo mismo que tú no imaginas a Alicia en su cama, y de otra, porque un tío tan cobarde para abandonarla inconsciente no se iba a arriesgar a otro patatús en plena faena. Yo creo que él se cuidó siempre de tener una salida asegurada, por si se repetía lo del casino.

—Ya.

—Y tú no te sientas frustrada por lo que te he dicho. Algún beneficio sí obtuvo Alicia del tratamiento.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido. Fíjate, a pesar de no sincerarse contigo, llegado el momento supo salirse, supo poner fin a esa relación de forma discreta.

—No, si por discreción que no quede. ¡Si habrá sido todo tan discreto que el único en enterarse has sido tú!

—Anda, doña Sarcasmos, déjalo ya. Vámonos. Te invito a un café, copa, refresco o lo que quieras en el bar de la esquina.

El novio de Alicia

Marta y Manuel entraron en el bar mirándose de reojo todavía. Marta no sabía si creerse la historia de Manuel, mejor dicho, la historia de Alicia en versión de Manuel. Creerla o rechazarla tenía para ella ventajas e inconvenientes por igual. Darle crédito a Manuel debería suponer un alivio, la posibilidad de dar, por fin, carpetazo a un caso que la llevaba de cráneo y al que había dedicado energías y desvelos hasta la extenuación. Sería fantástico creer y olvidar. El problema es que dando por bueno cuanto acababa de oír, su insaciable y obsesiva curiosidad le planteaba muchos otros interrogantes. ¿Cómo lo había averiguado Manuel? O, lo que es lo mismo, aunque formulado de un modo más punzante: ¿Qué me oculta Manuel?

Y si no daba por buena la «película» como la había llamado Manuel, si pensaba que eran fantasías de un voraz lector de novelas, entonces sí, podía seguir confiando ciegamente en él, podía sentirle como un amigo cercano, pero volvía a sus viejas tribulaciones y a la tortura de su curiosidad insatisfecha.

Así llegaron al bar: ella cabizbaja, deshojando la margarita, él observándola con cautela. Ni cuenta se dieron de que a una de las mesas estaba sentada Alicia con un joven. Fue el camarero quien, creyendo que venían a reunirse con ellos, les hizo un ademán en dirección a la mesa donde estaba sentada la pareja. Ellos se quedaron un momento sin saber qué hacer, pero la propia Alicia les hizo un gesto invitándoles a acercarse.

—Mis jefes, mi novio.

En un primer instante Marta y Manuel se miraron más entre sí que al novio recién presentado. Recuperado el aliento y la seguridad de que ninguno de los dos sabía nada, casi al unísono exclamaron:

—¡Vaya, Alicia, no sabíamos que tenías novio!

Y dirigiéndose al novio, aparentemente tímido, también a coro:

—Encantado.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —contestó el joven cortésmente.

—No he dicho nada porque no hace tanto tiempo que somos novios y, bueno, aparte de que ya sabéis que no soy muy de contar mi vida, una prefiere asegurarse antes de lanzar las campanas al vuelo.

—Claro. Haces bien, nadie te reprocha nada. Al contrario, nos alegramos por ti.

Marta y Manuel seguían de pie, algo desconcertados. Alicia no les había invitado a sentarse; ellos no querían molestar, tampoco ser descorteses; el camarero miraba extrañado y expectante a ver qué le pedían los recién llegados. Y cuando la situación empezaba a resultar realmente incómoda y alguien tenía que hacer o decir algo, Alicia se decidió:

—Me gustaría invitaros para celebrarlo, pero no aquí. Nosotros ya nos íbamos, pero si no tenéis un plan mejor para esta noche, ¿aceptaríais una invitación a cenar? —Y dirigiéndose al novio añadió—: No temas, aunque son loqueros, son muy majos, no lo pasarás mal.

Se rieron, aceptaron y quedaron.

—¿Ves qué fácil? ¿Quién te iba a decir a ti hace unos meses que íbamos a salir en plan parejitas con Alicia? —bromeaba Manuel al despedirse—. Ponte guapa, ¿eh?

—Pues en tu película no había ningún novio —le replicó ella.

—Problemas de producción.

—Desde luego contigo no se puede.

—Ni falta que hace, mujer, no te enfurruñes. Hasta luego.

Se despidieron para reencontrarse de nuevo unas horas más tarde en casa de Alicia.

Alicia había insistido mucho en que la cena tuviera lugar en su casa. Quería mostrar sus dotes de anfitriona y, sobre todo, dijo, así era mucho mejor para hablar y conocerse. En un lugar público ni se oye bien ni se sabe quién está en la mesa de al lado escuchando lo que no debe. Esta última apreciación dio esperanzas a Marta de que, tal vez, hoy sí se iba a enterar de algo por la propia protagonista y no por el guionista de «la película».

Cuando llegaron, Manuel con el vino, Marta con los dulces, muy guapitos ellos, en casa de Alicia estaba todo dispuesto para una velada agradable. Tras

ellos llegó el novio, y como Alicia solo dijera «bueno, ya os conocéis», Manuel replicó:

—De vista nada más, pero no de nombre. —Y tendiendo la mano se dirigió al joven—: Supongo que tú sí sabes que yo soy Manuel y ella Marta, pero ¿cómo debemos dirigirnos a ti?

—Alberto, me llamo Alberto Gámez. Disculpe que no me haya presentado correctamente antes.

—Alberto es uno de tus mejores clientes —puntualizó Alicia.

—Más que cliente, admirador. El cliente en realidad es mi...

—¡Alberto! ¿No serás hijo del arquitecto?

—No, el arquitecto es mi tío, mi padre es abogado.

—¡Qué pequeño es el mundo! Tu tío y yo...

—Y ¿qué tal si nos sentamos a la mesa y seguimos charlando mientras cenamos? Que para eso llevo un buen rato esmerándome —intervino Alicia—, no para que se enfríe todo y haya que recalentarlo.

Tenía razón, se sentaron, degustaron, elogiaron, opinaron sobre temas gastronómicos y, ya a los postres, retomaron la conversación inicial.

—¡Vaya, vaya! Con que sobrino de Alberto, ¿eh? Si supieras la de...

—Sí, sí, mi tío me ha contado muchas aventuras peruanas. Cómo se aficionaron a las orquídeas en la veranda de un médico amigo suyo y cómo recorrieron juntos el sudeste y el nordeste peruano en busca de ejemplares únicos.

—Ya lo creo, todos nos parecían únicos, aunque algunos los volvíamos a encontrar en otras zonas.

—También fueron a Chile y a Argentina.

—Sí, dos locos recorriendo los Andes en busca de orquídeas. Pero eso sí, con mucho respeto, nunca fuimos depredadores.

—Al contrario, me contó mi tío que en Argentina tuvieron un altercado con un grupito de ellos.

—Altercados hubo varios, pero aquel por poco nos cuesta la vida. Aquellos eran devastadores de orquídeas muy bien organizados. ¡Menudo tinglado tenían montado! Una verdadera mafia. Sí, echo mucho de menos a tu tío. Desde que se volvió a marchar ya ni escribe. Se debe de estar vengando por cuando yo le dejé para irme a la India.

—No, a mí también me tiene abandonado. Y bien que lo siento. En realidad, él era mi verdadero padre. Porque el mío es otra cosa.

—Es abogado, has dicho, ¿no?

Marta empezaba a impacientarse. Aquí estos dos recordando batallitas de orquídeas, en vez de propiciar que la conversación fluya por otros derroteros. Aún me tendré que ir igual que vine, pensó intentado disimular su impaciencia. Por suerte, recobró la esperanza cuando intervino Alicia:

—El padre de Alberto es el abogado de don Fernando, mi antiguo jefe.

—Pero bueno, esta es la noche de las casualidades ¿no? ¿Así es como os conocisteis?

—¡Qué va! Nos conocimos en el vivero. Alberto va siempre que puede. Fue un día para encargarse de una de esas orquídeas raras que no se encuentran en las floristerías normales y se enamoró del lugar.

—¿Del lugar o de la bella señorita que lo atiende?

—Al principio solo del lugar, en la señorita me fijé más tarde. Bueno, ni siquiera del lugar; al principio quedé fascinado por las flores. Tanto, que olvidé mi cartera. Volví al día siguiente a por ella y entonces me dejé las gafas de sol. A la tercera ya no me dejé nada, pero descubrí a Alicia. Abochornado por las molestias que le habría causado con mis despistes, la invité a un café. «Para expiar mis culpas», le dije. A ella le hizo gracia y aceptó. Así empezó todo porque al iniciar las presentaciones con los tópicos de «¿a qué te dedicas?» y «¿dónde trabajas?», descubrimos que mi padre era el abogado del que no hacía tanto tiempo era su jefe.

—Fue el punto de unión inicial, pero como ninguno de los dos se atrevió a cotillear más de la cuenta, por si acaso, quedamos para otro día...

Alicia se detuvo y Marta preguntó:

—¿Por si acaso qué, Alicia?

—Por si acaso. Ninguno de los dos sabía entonces qué terreno pisaba. Personalmente, aparte de otras historias, no quería que Alberto supiera que había estado en tu consulta. No fuera a pensar que estaba loca. Porque, aunque él se fijó en mí a la tercera, según dice, yo reparé en él desde el momento en que entró por la puerta del vivero.

—Entiendo. Tenemos mala fama. Y ¿cuándo se lo dijiste, cuando ya lo tuviste en el bote?

—¡Qué cosas dices, Marta! Ya no soy aquella tontita de tu consulta. He aprendido mucho con vosotros, con las lecturas y las clases de yoga. Nadie caza a nadie. Nadie es de nadie; si acaso lo logra, es de sí mismo. En cuanto descubrí que Alberto ya había aprendido todo eso de su tío, fue fácil

entendernos sin necesidad de compartimentar lo que se puede y lo que no se puede decir. Hablamos libremente de todo.

—Eso está bien. —Marta asintió y dirigiéndose a Alberto, preguntó—: ¿Y tú conoces a don Fernando en persona o solo de oídas por ser cliente de tu padre?

—Yo conozco a don Fernando por ser la persona que amargó mi adolescencia.

Tras un breve silencio y ante las miradas de sorpresa, Alberto se decidió a explicar un poco más su sentencia tan rotunda como sentida.

—Don Fernando le ha hecho mucho daño a mi familia. Ha sido siempre un señor, muy señor él, de los que nunca aceptan un no por respuesta. Siempre bordeando la ley para salirse con la suya. Le daba mucho trabajo a mi padre. Llegó a ser tan absorbente que apenas le veíamos, parecíamos huérfanos. Mi madre se desesperaba, quería que lo dejara, pero don Fernando pagaba muy bien y era muy persuasivo. Recuerdo muchas discusiones en casa en las que mi madre solía decir, o más bien gritar: «Te pagaré bien, pero, exigiéndote tanto, te está dejando sin clientela. Y poner todos los huevos en la misma cesta es peligroso. El día que te dé la patada, ¿de qué te habrá servido haberlo dejado todo por él, incluida tu familia?».

—Ya. No debió de ser fácil —terció Manuel para romper el silencio tenso creado con esa inesperada confesión.

Pero Marta quería animarle a seguir:

—Y tu padre, ¿cómo reaccionaba?

—Según. A veces con paciencia y suavidad, dándole la razón a mi madre, prometiéndole mejor vida y pidiéndole un poco más de paciencia. Otras se mostraba más enérgico y se unía a ella para poner verde a don Fernando con frases del corte: «Pero qué se ha creído este tío, hasta ahí podíamos llegar», y cosas parecidas. Pero en ocasiones, las más temidas por todos, cuando mi madre no se dejaba engatusar tan fácilmente y seguía pinchando, acababa por enfadarse y reprocharle que gracias a sus ausencias y frecuentes viajes con don Fernando, todos nosotros vivíamos estupendamente. Eso nos enfurecía a todos. Llegó un momento en que creí que se iban a separar, pero entonces el don Fernando de las narices, con perdón de Alicia, que es más benévola que yo, al percatarse de la situación que estaba creando en mi casa, decidió adorar al santo por la peana. Me imagino que mi padre se le quejaría, o tal vez le dijera que no podía hacerle alguna gestión, que tenía a su familia abandonada

y su mujer ya no aguantaba... ¡vaya usted a saber! El caso es que don Fernando cambió de estrategia y se dedicó a seducir a mi madre. Flores, bombones, regalos, invitaciones, lo que hiciera falta. Las tornas se invirtieron y el que empezó con los celos fue mi padre. Tampoco es de extrañar conociendo la trayectoria del señor. ¡Anda que no le ha acompañado veces a Madrid! Si hasta le llamábamos el señor de Madrid.

—¿A quién? ¿A tu padre o a don Fernando?

—A don Fernando, claro.

Marta y Manuel volvieron sus rostros instintivamente hacia Alicia, que no parecía incómoda; su expresión era más bien la de una persona que ya conoce la historia que se está contando. Marta, impaciente, siguió preguntando:

—¿Crees que iban a Madrid a perderse en la gran ciudad?

—No digo tanto. Estoy convencido de que a Madrid iban por negocios, pero las noches solitarias se hacen muy largas. Ellos sabrán lo que hacían. En cualquier caso, mi padre sabía lo que hacía don Fernando, de eso estoy seguro. ¿Por qué, si no, se enfurecía tanto por los detalles de este hacia mi madre? Porque le conocía bien. Ella no le había dado pie para la desconfianza. En fin, por no hacerlo más largo, mi casa se convirtió en un verdadero infierno, y si no he salido más tocado es gracias a mi tío Alberto. Pero mi hermana y yo nos juramos no estudiar derecho.

—Y descartado el derecho, ¿a qué os dedicáis? —preguntó Manuel, convencido de que Alberto necesitaba un respiro.

—Yo estoy terminando biología y empezando químicas. Mi hermana está en farmacia.

—¡Bonitas carreras! Mirándolo por el lado positivo, aún le debes algo a don Fernando: te libró de derecho.

Marta, en cambio, volvió a la carga antes de que cambiaran definitivamente de tema y sus preguntas resultaran fuera de lugar.

—¿Y tu padre aún sigue trabajando para él? ¿Sabes si le lleva el lío ese que salió recientemente en prensa?

—Ah, esa es otra. Mi padre sigue, y yo creo que seguirá, trabajando para don Fernando hasta el final, pero sobre ese asunto aún andan discutiendo. Mi padre, en principio, no quería saber nada de eso, dice que tiene poco que ver con el derecho mercantil, que no le defendería bien y esas cosas, pero creo que el otro aún no se ha resignado. Sinceramente, me trae sin cuidado la suerte

de don Fernando y preferiría que mi padre no mediase en asunto tan repugnante.

—Es que, para Alberto, don Fernando es el azote de la humanidad —terció Alicia.

Marta no perdió la ocasión:

—Y tú, ¿no estás de acuerdo? Creo que nunca tuviste mala opinión de don Fernando.

—Es que no es lo mismo. La familia es otra cosa. A Alberto, entre unos y otros, le amargaron la infancia y adolescencia. La ausencia del padre, el sufrimiento de su madre, peleas... Es normal que él cargue las tintas y culpe de todo a don Fernando. No voy a discutirle nada a Alberto, son sus vivencias. Lo mío solo era una relación de trabajo. Es otra cosa. Nada que ver con la familia.

—Y ¿qué piensas del escándalo este?

—No sé qué hay de cierto. En cambio conozco a la que le acusa. ¡Madre mía! La niña es de alivio. Por no hablar de la señora de don Fernando. Vamos, que pueden haberla liado gorda.

—Tú siempre defendiéndole... —Alberto suspira en voz baja pero audible.

—No le defiendo. Ni aunque quisiera podría defenderle porque no sé lo que ha pasado realmente. Solo digo que ni la prensa ni las protagonistas de esta historia son de fiar.

—Y el protagonista menos aún.

—Alberto —intentó mediar Marta, temerosa de que la pareja pudiera acabar disgustándose—, es lógico que no tengáis las mismas percepciones. Una relación familiar es distinta de una relación laboral.

—Lo ves, es lo que he intentado explicarte. Para ti don Fernando es el hombre que arruinó la relación entre tus padres, el que te ha hecho padecer y velar por tu madre cuando no tenías edad para ello, el que te ha impedido resolver tu Edipo, el que, indirectamente, te ha impedido relacionarte bien con las chicas. Eso es algo muy fuerte. Ni yo ni nadie puede sentir lo mismo.

—Sí, pero un cerdo es un cerdo.

Manuel miró a Marta un tanto preocupado por el cariz que estaba tomando la conversación y al ver la expresión de tristeza en el rostro de Alberto.

—Bueno, no nos pongamos tan serios, que hemos venido a celebrar vuestro noviazgo. Propongo un brindis por vosotros.

—Gracias. Brindaré encantado con el mejor amigo de mi tío, pero no os

preocupéis. Aunque nos acabamos de conocer, sé que hay confianza. No solo por tu amistad con mi tío. Alicia me ha hablado mucho y bien de vosotros, y ya que sois «loqueros», como cariñosamente suele referirse a vuestra profesión, y puesto que el tema ha surgido sin forzarlo, tal vez sea una buena ocasión para hablar libremente y aclarar nuestras diferencias a propósito de don Fernando, confiando en vuestro arbitraje.

—¡Caramba!

Manuel no esperaba esta salida. Se volvió hacia Alicia esperando su opinión al respecto.

—Yo más bien creo que si Alberto lo necesita, debería pedir cita y hablar de sus problemas de un modo más profesional en consulta. Pero bueno, tampoco tengo inconveniente en contestarle aquí ante vosotros. Así, de paso, contentaremos también a Marta.

—¡Alicia!

—¡Bah! No disimules, tienes tú más curiosidad que Alberto. Tranquila, estamos comiendo y bebiendo en mi casa. Estamos a gusto y relajados. ¿Para qué complicarnos la vida con imposturas? Va, ¿qué queréis saber? Mejor dicho, os atrevéis a preguntarme, porque yo sí sé lo que ronda vuestras cabezas, pero no pienso contestar a preguntas no formuladas. No me mires así, Marta, ya no estamos en tu consulta del hospital, estamos en una reunión amistosa y, para más inri, en mi terreno.

—Vale, vale. Tampoco te pases. Pero tienes razón, te lo preguntaré sin rodeos: ¿contigo se propasó don Fernando?

Manuel se revolvió en su asiento.

—Antes de seguir, ¿sois conscientes de que estos juegos no siempre acaban bien?

—Tranquilo, no hay problema. Don Fernando conmigo siempre fue correcto y atento.

—¿Tú viajabas con él?

—En una ocasión. Y tampoco juntos. Necesitó de mis servicios en Madrid, pero el viaje lo hizo cada cual por su lado. Su señora era muy celosa y las chicas de la oficina unas cotillas muertas de envidia. Pero aquel contrato era muy importante para él. Y, aunque quedó muy contento porque, según él, gracias a mis dotes consiguió más de lo que esperaba, no volvió a pedírmelo.

—¿Estaba él solo?

—No, había dos abogados con él, pero no intervinieron directamente. La

negociación la llevó él personalmente, con mi ayuda como intérprete. Los abogados se quedaron en un despacho contigo. Allí mismo se redactó el contrato.

—¿Dos abogados? Entonces conoces a mi padre porque uno de ellos tenía que ser él.

—No podría decirte. Yo nunca tuve nada que ver con temas jurídicos, fiscales o contables. A lo mejor conocí a tu padre sin saberlo o puede que en aquella ocasión fueran abogados de algún bufete de Madrid. No sé.

—Pero ¿tú trataste con ellos?

—Sí, claro, me dictaron varias rectificaciones antes de dar por buena la redacción definitiva del contrato.

—Y ¿qué?

—¿Qué de qué? De verdad, Alberto, no sé qué esperas oír. Los dos señores fueron atentos. Después se marcharon todos a cenar para celebrarlo y tuvieron el detalle de invitarme. Eso es todo. Ellos estaban eufóricos. A don Fernando nunca le vi tan contento, y ellos, aparte de ser abogados, parecían llevarse muy bien con él y le seguían la corriente. Yo cené con ellos y después, ya os he dicho, el viaje de vuelta, igual que el de ida, lo hicimos por separado. Como era viernes, yo decidí quedarme el fin de semana para ver el Prado y el Reina Sofía. Y ahí acaba mi relato.

—Ya.

Ante ese suspiro resignado, Marta preguntó:

—¿Qué pasa, Alberto, crees que Alicia te oculta algo? Si es así, deberías formular tu duda con más claridad. No sé a ella, pero a mí no me ha quedado claro qué quieres saber. Lo de si el abogado era o no tu padre es fácil de averiguar, ahora que sois novios. Si aún no la has presentado, me imagino que no tardarás en hacerlo, y como no ha pasado tanto tiempo, si era él, se reconocerán. Pero ¿qué importancia tendría que hubiera sido él u otro abogado?

—En realidad no sé lo que quiero, ni lo que pienso, ni si dudo o no. Solo sé que el don Fernando que yo conozco no es el don Fernando que describe Alicia. Y las veces que Alicia ha ido a casa, mi padre se las ha ingeniado para no estar.

Unos segundos de silencio, un hondo suspiro y Alberto añade:

—O no ha podido. Tampoco quiero parecer paranoico. Igual tenéis razón y no hay más que la diferencia entre la familia y el trabajo.

Manuel, inquieto desde hacía rato, aprovechó la frase de Alberto para poner fin a ese diálogo circular que no conducía a ninguna parte. Lanzando una mirada de autoridad a Marta, impuso su criterio:

—Chicos, pues si ya está claro, ahora sí, brindemos, celebremos nuestro compromiso y pasemos una velada agradable. Y tú, Alberto, no lo dudes. Estoy de acuerdo con Alicia: si te cuesta superar tus problemas y crees que podemos ayudarte, la consulta está a tu disposición, pero no dejes que esos fantasmas estropeen vuestra relación.

—Eso nunca ocurrirá. Estamos blindados. El pasado no nos amargará el presente. Brindemos por ello —exclamó Alicia agradecida.

A Manuel no le pasó desapercibido ni su tono ni su mirada. Tampoco la de Marta. Una aliviada, la otra contrariada. Pero ahora quien me preocupa es el chico, no estas dos cabezotas, pensó mientras alzaba la copa. Tras el brindis, tomó las riendas de la sobremesa, echó mano del inagotable pozo de aventuras andinas para así devolver a Alberto la serenidad y alegría. Como así fue: algunas «batallitas» ya las conocía en la versión de su tío, lo que le permitía asentir y puntualizar, incluso discutir en algunos casos.

—Que no, chico, que no, que no es así, que el que estuvo allí fui yo, no tú.

—Pero mi tío...

—Ya, tu tío y sus fantasías.

Y así, entre bromas y veras, logró que las aguas volvieran al cauce del que, en su opinión, nunca debieron salir. Pero al marcharse le dijo muy serio a Alberto:

—Te espero mañana a las cinco en mi despacho. No faltes.

El vals a medianoche

Manuel salió contento, muy contento. Marta nunca le había visto así. Iba a su lado canturreando, ensimismado, pero al mismo tiempo transmitiendo felicidad. Ella, que había iniciado el camino a casa deseosa de comentar lo ocurrido con Manuel y ligeramente contrariada por no haber podido llegar hasta el final en su interrogatorio, lejos de sentirse ofendida por el aparente poco caso que le hacía, se fue contagiando de su bienestar. Le bastaba con observarle, con caminar a su lado en silencio para ir llenándose de paz interior.

De pronto Manuel se paró, le tomó las dos manos, se las besó y exclamó:

—Estoy encantado. ¿Sabes lo que más me apetece en estos momentos...? Que me concedas un vals.

—¿Te has vuelto loco? No me pareció que hubieras bebido tanto.

—No, no estoy bebido. Loco, sí, un poco, como todo loquero que se precie y ¡en buena hora! Pero contésteme, señorita, si la invito a subir a mi casa, ¿me concede usted el primer vals de la noche?

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Si no está usted dispuesta a bailar el vals conmigo esta noche, se romperá la magia de tan grata velada.

—Es que no acostumbro bailar el vals. A lo mejor le piso sin querer, y no solo la magia, también su juanete se hace añicos

—Esa excusa no me sirve. Si no sabe usted bailar el vals, razón de más para suplir semejante laguna cultural sin demora. Yo la guiaré. Solo tiene que dejarse llevar.

Marta se dejó llevar, más que por el guía por la estupefacción. Con razón los estrategas valoran mucho el efecto sorpresa. Después de varios meses deseando ser invitada a lo que ella llamaba «asomarse al santuario de Manuel», al fin se le presentaba la oportunidad en el momento menos esperado y de la manera jamás imaginada. En sus sueños había imaginado mil maneras posibles de poner fin a ese pacto tácito del «todavía no». Llevaba tiempo

deshojando la margarita. ¿Le invito a cenar, a un café y lo hablamos, me espero a que tome la iniciativa, seguirá dispuesto, realmente respeta mi silencio o con el tiempo cree que es mejor así, buenos amigos y nada más, habrá cambiado su intención al habernos asociados como profesionales, preferirá esperar y ya dirá el destino, el Atman o quien sea, tal vez espera a que sea yo la que me considere preparada? Esas y mil preguntas más pasaban velozmente por su cabeza mientras le daba vueltas y más vueltas, imaginando situaciones y escenarios. Ni remotamente pensó en una invitación a bailar el vals formulada en la calle pasada la medianoche. Solo a Manuel puede ocurrírsele algo así.

—¡Qué gracia!

—Sí, querida, yo aún conservo mi «tocata» y los vinilos. Y no suena nada mal. Ahora verás.

Pero Marta ni veía, ni oía; se dejó abducir por el ambiente y obedeció sumisa a cuanto le era sugerido. Una noche mágica en la que Manuel se convirtió para ella en un señor de Madrid. ¿Copa? Pues copa. ¿Vals? Pues a dar vueltas. ¿Un beso? A ofrecer la mejilla, los labios, lo que pida, lo que desee. ¡Al fin lo había entendido! ¡Al fin lo experimentaba! ¡Tenían razón, tenían razón, qué tonta he sido! ¡Pobre Fina, nunca lo entenderá, lo siento por ella! Y por Liliana que sí lo entiende, pero aún no lo ha logrado.

Un vals, otro vals y, como en la canción de Jacques Brel, al tercero cae rendida.

A la mañana siguiente, el señor de la casa transformado en mayordomo, descorre las cortinas y señalando la bandeja, le dice:

—Buenos días, señora. Su desayuno está servido.

—¡Por Dios, qué tarde es! Tenemos pacientes citados, se acabó el juego, hay que darse prisa.

—Ninguna prisa. Las citas de la mañana ya están anuladas y a las de la tarde llegamos, no te preocupes. Y en cuanto a la expresión «juego», mira, primero te tomas el desayuno y luego hablamos. El vals es algo muy serio. No consiento que, al menos en mi presencia, llames frívolamente «juego» al que bailamos anoche.

Marta sonrió avergonzada por su torpeza. Quiso explicarse mejor, pero en

su aturdimiento, lejos de rectificar, volvió a meter la pata porque al probar las exquisitas mermeladas caseras le salió del alma la exclamación:

—¡Hum, qué delicia Manuel! ¿Tú estás seguro de que eres un hombre?

—¡Ah! ¿Y me lo preguntas esta mañana? ¿Con quién dormiste anoche? Vamos, vamos, con razón tu amiga Fina decía que tenías mal despertar —se burló Manuel.

—Perdón, perdón, perdón. Lo que quiero decir es justo lo contrario de lo que digo porque es cierto que me cuesta espabilarme y hoy más que nunca acuso la torpeza matinal. Desde ayer por la noche parece que haya entrado en un mundo de perfección. No creí que ningún hombre fuera capaz de estar en todo, de hacerlo todo tan bien, tan fácil, tan bonito. Manuel, perdóname. Estoy aturrida, no quiero volver a la realidad, prefiero la magia.

—Tonta, aún no te has enterado: la magia también forma parte de la realidad, posiblemente la parte de la realidad más real. La magia ni se quita ni se pone, la magia es como la materia, como Dios, como el Atman: o la alcanzas o la dejas escapar, o le abres la puerta o se la cierras; pero si la admities, ya forma parte de ti.

—Perdóname, soy demasiado prosaica: ¿eso es un sí?

Por toda respuesta Manuel se fundió en un abrazo susurrándole al oído: «Tonta, tontita, eres una maga, la mía, la mejor de todas y ni siquiera lo sabes».

Más tarde, ya vestidos y aseados, Manuel le dijo muy serio:

—Ahora sí, Marta. Ahora no solo puedes, ahora debes cerrar el capítulo. Te has torturado mucho, pero has sabido reconducir tu duda, te ha servido para mejorar, para crecer tanto en lo profesional como en lo personal, has logrado transformar tu duda en conocimiento y algo de sabiduría. Ahora sí ha llegado el momento de soltar lastre. ¿Te acuerdas lo que nos decían nuestros mayores, cómo terminaban las historias que nos leían o contaban antes de dormir? Sí, aquello de «colorín, colorado este cuento se ha acabado?» Chisss. Escúchame, no me interrumpas ni me contestes ahora. Mañana. O pasado, si prefieres, pero ahora no. Ahora escucha: Alicia ya está bien, estoy encantado de que se haya encontrado con Alberto. El muchacho está algo confundido, necesita cierta ayuda, la tendrá. Sí, sí, no pongas caras. Ya sé que la velada de ayer ha revelado un pequeño fallo de guión en mi película. Y lo que es peor, aún no te he dado el gusto de reprochármelo, de decirme que ahora ya no está del todo claro quién de los dos fue realmente el señor de Madrid. Tienes razón, pero

eso no altera lo esencial. Tanto si fue su jefe como si fue su compinche el abogado, el hoy padre de su novio, ¡vaya ironías se gasta la vida!, Alicia es muy lista y sabrá manejar la situación. No necesitará entrar en detalles para no mentirle. Entre los dos sabrán construir una relación sincera orillando el tema del padre. Forman una pareja sólida. No debemos inmiscuirnos ni preocuparnos por ellos. Solo estar ahí. Mientras lo estén ellos, claro, porque mi olfato me dice que no tardarán demasiado en volar. Saben que existe mundo fuera de esta ciudad y querrán descubrirlo.

—¿Como hicisteis Alberto senior y tú?

Sellándole la boca con la mano, Manuel añadió:

—Otra cosa: si tu hijo no quiere seguir con su padre, estará bien a nuestro lado. No te preocupes. Mientras yo viva, jamás faltará una orquídea en tu habitación, bailarás el vals siempre que quieras y mis viejos vinilos no dejarán de recordarte que «*Au troisième temps de la valse / il y a toi, y a l'amour et y a moi...*».

»Y ahora sí, en marcha, que hay mucho trabajo y yo no soy un señor de Madrid caído del cielo. Yo solo soy tu señor de las orquídeas.

Una mujer a la que la psiquiatría considera trastornada será capaz de señalarle a otra, su terapeuta, que la capacidad de transgresión no tiene fecha de caducidad.



El vals
de las orquídeas
ORGANIZACIÓN

Tras ganar una mano de ruleta en el Casino de Madrid, Alicia Berenguer se desmaya. Cuando vuelve en sí asegura que ha ido acompañada por un hombre al que ni siquiera es capaz de describir. Ante lo que parece una grave confusión mental, el médico y los enfermeros que la atienden deciden ingresarla en un hospital donde, un año después, sigue acudiendo a terapia y persistiendo en la existencia de ese hombre misterioso que la prodiga todo tipo de atenciones. ¿Es la felicidad de Alicia imaginaria? ¿Es, acaso, menos real que la infelicidad de Marta, su terapeuta; el aburrimiento de Fina, miembro del gabinete de terapia; o los sueños cumplidos de Manuel, su único valedor dentro del hospital?

¿No deberíamos todos aprender a ver la vida con los ojos de Alicia para convencernos de que la capacidad de transgresión no tiene fecha de caducidad y de que nunca es tarde para recuperar nuestro lugar en el mundo?

Olga Lucas (Toulouse, 1947) nació en el seno de una familia española en el exilio. Vivió temporalmente en una serie de países del Este y aprendió distintas lenguas eslavas, que luego utilizó para trabajar de intérprete, traductora y locutora de radio. De regreso a España trabajó de funcionaria de la Generalitat Valenciana y desarrolló distintas actividades culturales en ámbitos alternativos de Valencia. Ha publicado cuentos y poemas en diversas obras colectivas. Asimismo es autora de *Poemas de andar por casa*, *Cuentos para ciegos*, *El tiempo no lo cura todo*, *La mujer del poeta* y coautora con José Luis Sampedro de *Escribir es vivir* y *Cuarteto para un solista*, y de *La ciencia y la vida* junto a Valentí Fuster y José Luis Sampedro. En 2010 recibió el Premio Glauka, en reconocimiento a su contribución al desarrollo de la lectura y de la cultura.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2011, Olga Lucas

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: Corbis

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4973-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustalcerbooks



@megustalcer



@megustaleer

Índice

El vals de las orquideas

Una noche en el casino

La ilusión del primer día

Medias y camisolas

La buena vecindad

Una copa de ron

El ex

Otra manera de tomar el baño

Sesión clínica

La orquídea

Bendita gripe

Maldita gripe

La leyenda de Orchis

Sorpresas

Explicaciones

Despedidas

El camino

Meses después

Don Fernando

El novio de Alicia

El vals a medianoche

Sobre este libro

Sobre Olga Lucas

Créditos